

COMPITIENDO PARA LOS DIOSES:
LOS RITUALES AGONÍSTICOS EN EL MUNDO ANTIGUO

COLECCIÓN SPAL MONOGRAFÍAS ARQUEOLOGÍA

DIRECTOR DE LA COLECCIÓN
Ferrer Albelda, Eduardo



CONSEJO DE REDACCIÓN

Álvarez Martí-Aguilar, Manuel. Universidad de Málaga
Álvarez-Ossorio Rivas, Alfonso. Universidad de Sevilla
Belén Deamos, María. Universidad de Sevilla
Beltrán Fortes, José. Universidad de Sevilla
Ferrer Albelda, Eduardo. Universidad de Sevilla
Garriguet Mata, José Antonio. Universidad de Córdoba
Gavilán Ceballos, Beatriz. Universidad de Huelva
Oria Segura, Mercedes. Universidad de Sevilla
Pereira Delgado, Álvaro. Facultad de Teología San Isidoro. Archidiócesis de Sevilla
Vaquerizo Gil, Desiderio. Universidad de Córdoba

COMITÉ CIENTÍFICO

Arruda, Ana Margarida. Universidade de Lisboa
Bonnet, Corinne. Universidad de Toulouse
Cardete del Olmo, M.^a Cruz. Universidad Complutense de Madrid
Celestino Pérez, Sebastián. Instituto de Arqueología de Mérida, CSIC
Chapa Brunet, Teresa. Universidad Complutense de Madrid
Díez de Velasco Abellán, Francisco. Universidad de la Laguna
Domínguez Monedero, Adolfo J. Universidad Autónoma de Madrid
Garbati, Giuseppe. CNR, Italia
Marco Simón, Francisco. Universidad de Zaragoza
Montero Herrero, Santiago C. Universidad Complutense de Madrid
Mora Rodríguez, Gloria. Universidad Autónoma de Madrid
Tortosa Rocamora, Trinidad. Instituto de Arqueología de Mérida, CSIC

ROCÍO GORDILLO HERVÁS
EDUARDO FERRER ALBELDA
ÁLVARO PEREIRA DELGADO
(coordinadores)

COMPITIENDO PARA LOS DIOSES: LOS RITUALES AGONÍSTICOS EN EL MUNDO ANTIGUO

SPAL MONOGRAFÍAS ARQUEOLOGÍA

Nº XLIII

UNIVERSIDAD DE SEVILLA

u eus
Editorial Universidad de Sevilla

Sevilla 2022

Colección: Spal Monografías Arqueología
Núm.: XLIII

COMITÉ EDITORIAL:

Araceli López Serena
(Directora de la Editorial Universidad de Sevilla)
Elena Leal Abad
(Subdirectora)

Concepción Barrero Rodríguez
Rafael Fernández Chacón
María Gracia García Martín
Ana Ilundáin Larrañeta
María del Pópulo Pablo-Romero Gil-Delgado
Manuel Padilla Cruz
Marta Palenque Sánchez
María Eugenia Petit-Breuilh Sepúlveda
José Leonardo Ruiz Sánchez
Antonio Tejedor Cabrera

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin permiso escrito de la Editorial Universidad de Sevilla.

Motivo de cubierta: Cuchara de plata de la segunda mitad del siglo IV con representación del Apóstol Pablo como atleta vencedor (Cleveland, The Cleveland Museum of Art, n. 1964.39)

© Editorial Universidad de Sevilla 2022
c/ Porvenir, 27 - 41013 Sevilla.
Tlfs.: 954 487 447; 954 487 451; Fax: 954 487 443
Correo electrónico: eus4@us.es
Web: <https://editorial.us.es>

© Rocío Gordillo Hervás, Eduardo Ferrer Albelda,
Álvaro Pereira Delgado (coords.) 2022

© De los textos, los autores 2022

Impreso en España-Printed in Spain
Impreso en papel ecológico

ISBN: 978-84-472-3023-5
Depósito Legal: SE 239-2022

Maquetación: Fernando Fernández. ed-Libros
Impresión: Podiprint

ÍNDICE

<i>Presentación</i>	9
<i>“Deportes” con armas entre la Grecia arcaica y helenística: algunas observaciones sobre el ἀγών.</i> Fernando Quesada Sanz	11
<i>Los festivales de Zeus Naios en Dodona</i> Adolfo J. Domínguez Monedero	59
<i>Cuadrigas y Panoplias en los decadracmas de Cimón y Euainetos: victorias de Cinisca en Olimpia y premios de Dionisio en Siracusa</i> Fernando López Sánchez	77
<i>La cultura del agón en Esparta: deporte, educación y cultos cívicos</i> César Fornis.....	97
<i>Los premios de los juegos funerarios de Anquises en la Eneida</i> Davide Antonio Secci.....	133
<i>La conformación del tiempo religioso del Imperio Romano en el siglo II d. C.</i> Rocío Gordillo Hervás	147
<i>La metáfora agonística en las cartas paulinas</i> Álvaro Pereira Delgado	165
<i>Compitiendo para Cristo: mártires como atletas en los espectáculos romanos. Ecos arqueológicos</i> Jordina Sales Carbonell.....	185

Presentación

Cada cuatro años los Juegos Olímpicos entran a formar parte de nuestra vida cotidiana. Pero los Juegos Olímpicos actuales no son más que un reflejo modernizado de los llamados *agones* griegos o fiestas competitivas que congregaban a la población helena en los alrededores de los santuarios con motivo de la conmemoración de sus divinidades. De entre todos los *agones*, aquel que tenía más fama era el de Olimpia, centro religioso que se convirtió, ya desde época arcaica, en el punto neurálgico de la actividad deportiva y del que tomarían su nombre los actuales juegos.

Junto a la visión griega de los juegos Olímpicos, el *agon* y la competición han formado parte de la idiosincrasia cultural de las antiguas civilizaciones del Mediterráneo. Así queda reflejado en numerosas localizaciones y épocas que van desde los murales cretenses, las estatuas colosales de púgiles de Mont'e Prama en Cerdeña, hasta los más conocidos mosaicos romanos. El monográfico *Compitiendo para los dioses: los rituales agonísticos en el mundo antiguo* forma parte del Proyecto de Investigación *Discursos del Imperio romano: Palabras y rituales que construyeron el Imperio* (PGC2018-096500-B-C31). El volumen nace de la iniciativa conjunta entre el Departamento de Prehistoria y Arqueología y el Servicio de Asistencia Religiosa (SARUS) de dicha Universidad. El objetivo que nos llevó a diseñar este ensayo fue el de reivindicar el papel del deporte y la competición como parte del ritual religioso en los santuarios mediterráneos y estudiar las distintas manifestaciones religiosas que se llevaban a cabo de manera paralela, tales como sacrificios, procesiones, cánticos; manifestaciones culturales como representaciones teatrales, musicales, poéticas y retóricas; celebraciones festivas tales como banquetes o repartos de comidas; actividades comerciales como mercados, ferias, así como concesiones fiscales. De este modo, y como viene siendo habitual en esta colección, se eligió a autores que acometieran el estudio de los fenómenos deportivos y competitivos en las culturas mediterráneas desde la óptica de la Arqueología, la Numismática, la Filología así como desde la Historia Antigua.

El resultado se materializa en este monográfico que ha tenido la fortuna de contar con la aportación de varios investigadores sin cuya contribución no habría sido posible la culminación del libro. Por tanto, hacemos constar nuestro agradecimiento a los participantes, Adolfo Domínguez Monedero (Universidad Autónoma de Madrid), César Fornis (Universidad de Sevilla), Fernando López Sánchez (Universidad Complutense de Madrid / Wolfson College, Oxford), Álvaro Pereira Delgado (Facultad de Teología San Isidoro de Sevilla), Fernando Quesada Sanz (Universidad Autónoma de Madrid), Jordina Sales Carbonell (Universidad de Barcelona) y Davide Antonio Secci (investigador independiente).

Los coordinadores
mayo de 2022

“Deportes” con armas entre la Grecia arcaica y helenística: algunas observaciones sobre el ἀγών

Fernando Quesada Sanz*

Universidad Autónoma de Madrid

1. AGON, ATHLESIS, ARETÉ: DEPORTE, CONTIENDA... Y GUERRA

La importancia estructural de la competitividad extrema subyacente o expresa en las relaciones entre individuos (especialmente los de cierto rango y de diferentes familias), entre grupos (familias, clanes...) y por supuesto entre estados, es un rasgo generalizado y común entre las sociedades del entorno circunmediterráneo de la Edad del Hierro para las que contamos con suficiente evidencia escrita, caso del mundo helénico en su conjunto, de Roma o de Cartago. Y casi con seguridad fenómenos similares se dieron también en culturas para las que la evidencia es sobre todo iconográfica y arqueológica, caso del mundo etrusco, ibérico, celtibérico o galo meridional. Esta competitividad se daba en todos los órdenes de la vida, incluyendo lo que hoy en día llamamos “deporte” y para lo que en el caso de Grecia al menos, sería incluso más adecuado denominar “competición deportiva”.

Agon es un término griego de contenido amplio, empleado para el concepto de esfuerzo, conflicto, competencia y pugna. Así, un simple vistazo al *LSJ 9th*¹ nos indica que –según el contexto– esta palabra significa en general pugna/lucha (*struggle*), pero también una reunión (especialmente para un festival o juegos) o el espacio donde se desarrolla esa asamblea competitiva; y también batalla (e.g. Tuc. 2,89). Además, *agon* se emplea para denominar un juicio legal, o para un discurso ante una asamblea o juzgado, o para el principal argumento de dicho discurso. No es pues tampoco de extrañar que, personificado (figs. 1 y 2), *Agón* llegara a ser la divinidad de la competición (Paus. 5,26,3) y englobara –como su derivado *agonía*– el concepto mismo de ansiedad o conflicto mental (Tuc. 7,71; Pol. 4,56,4), acercándose ya a una de las dos principales acepciones modernas del término ‘agonía’.

* fernando.quesada@uam.es Departamento de Prehistoria y Arqueología, Universidad Autónoma de Madrid, Campus de Cantoblanco, 28049 ORCID: 0000-0001-8664-0989 RESEARCHER ID: L-2436-2013.

1. H.G. Liddell, R. Scott, S. Jones, *A Greek-English Lexicon*, 9th Edition 1949 con suplemento 1996, Oxford, Clarendon Press.



Figura 1. Personificación de *Agón* en un ánfora ática de Figuras Rojas, según identificación de Carmen Sánchez (2015: 91). Pintor de Briseida. Mus. Británico, c. 490-470 a.C., en el periodo de las Guerras Médicas. Museo Británico, 1928.1-17.56. Beazley Archive 204446 (= ARV2 409-48.). Figura alada identificada con Zetes (hijo de Boreas) en el Beazley Archive. Fotos C. Sánchez



Figura 2. Alegoría de Agón en un relieve del segundo registro del pórtico sur del *Sebasteion* o *Augusteion* de Afrodisisas en *Pr. Asia* (Turquía). Periodo julio-claudio, siglo I d.C. Museo de Afrodisisas. Foto. F. Quesada. La figura juvenil que sostiene una palma de victoria sería la personificación de Agón. Los erotes compiten por otra palma. A la izquierda, la herma de Hermes (patrono de los gimnasios) y la otra simbolizan el gimnasio y su entorno

Trasladado al latín, *agon* se restringió casi exclusivamente a los combates o competiciones en los *ludi*. Para muchos (en último lugar Higgs 2017), *agon* es uno de los conceptos centrales de la mentalidad griega, y se ha utilizado para analizar el comportamiento competitivo en diversas sociedades antiguas y también modernas (e.g. Colaguori 2012). Pero sin duda es en el terreno de la competición atlética donde el concepto agonístico alcanzaba mayor peso (Hodkinson 1999:147).

Por su parte, nuestro término ‘atletismo’ deriva del verbo *athleuo*, que implica la lucha por un premio no necesariamente de valor material (*athletés* es el que lucha y el que gana, especialmente en los juegos). Este esfuerzo alcanzaba en Grecia su máxima expresión en los cuatro grandes Festivales y Juegos panhelénicos, y en otros muchos celebrados en las diferentes ciudades. Mientras que el concepto atlético enfatiza el premio y al vencedor, el agonístico pone según Hawhee (2002:185-186) el énfasis en el encuentro, en la reunión donde todos serán testigos de la contienda. Adicionalmente, el agonismo se relaciona estrechamente con otro concepto central de la mentalidad griega: *areté*, entendida originalmente no como ‘virtud’ en la traducción moderna de la palabra, sino con la ‘excelencia’ alcanzada mediante el coraje y la habilidad del contendiente o del guerrero (Hawhee 2002:187).

No es casualidad el renovado interés que se observa en fechas recientes sobre esta competitividad a todos los niveles, caso de este mismo Seminario, o el de la exposición *Agón* montada por el Museo Británico y exhibida en España en 2017 (Higgs 2017). En esta última, diferentes bloques temáticos argumentaban la centralidad del concepto en la mentalidad griega antigua, tal y como hemos sintetizado en la figura 3. Esta ilustración podría sin duda complicarse en su diseño, dado que cada uno de los círculos no se relaciona exclusivamente con sus dos secantes, sino en realidad con todos ellos. Por ejemplo, y en lo que ahora nos ocupará, la guerra está constantemente reflejada en los mitos y el ideal heroico griego, y obviamente es una actividad en la que la muerte es compañera inseparable; pero la guerra es también parte de la vida cotidiana del griego antiguo, y sin duda la educación desde la infancia (y no sólo en Esparta) y, como vamos a ver, las actividades llamadas ‘deportivas’, estarían ligadas a la preparación física y mental para la dura prueba de la guerra.

La aplicación al mundo griego antiguo del moderno de “deporte” (íntimamente asociado al de “espectáculo”) es válida –*mutatis mutandis*– en muchos aspectos, pero no lo es en muchos otros. Desde muy finales del arcaísmo, estaban ya presentes en la Hélade ciertos factores que actualmente asociamos al deporte-espectáculo. De los competidores exitosos sabemos de su progresiva profesionalización (Kyle 1993: 145 ss.), de su fama y enriquecimiento (Hodkinson 1999: 156 ss.; Pleket 2012a, 2012b; Kyle 2014: 33) que llega a la creación de un género literario específico –el epinicio– laudatorio de los atletas (Nicholson 2014: 69 ss.) y del enaltecimiento artístico de su imagen (Neils 2014). Sabemos también del papel de los entrenadores (Kyle 1993:141 ss.), del dopaje, dieta y preocupaciones por salud (Albanidis 2013). Lo mismo ocurre con la participación de mujeres en ciertas pruebas seleccionadas (Hodkinson 1999: 150-152; Dillon 2000; Frass 2012; Weiler 2014: 116; Kyle 2014b); la actividad de espectadores entusiastas o fanatizados; el prestigio político alcanzado por las ciudades de origen de los vencedores y consiguientes honores para los deportistas (Pritchard 2012); incluso la implicación entusiasta de literatos e intelectuales (al estilo del gran Lázaro Carreter) en el enaltecimiento



Figura 3. Representación estructurada de la articulación de los bloques temáticos en la exposición *Agón* y su catálogo (Higgs 2017) (diseño F. Quesada)

del deporte, eso sí *moderado* y *racional*, por sus ventajas para cuerpo y mente (e.g. Jenofonte *Mem.* 3,12,3-4; Platón *Leg.* 728 d-e; 833 c-d etc.; Aristóteles, *Polit.* 1335b, 1336-1339a; Luciano *Athl.* 24-30; ver Kyle 1993: 127 ss.; Albanidis 2013: 40 ss. con amplia bibliografía).

Pero también, por supuesto, pruebas e ideales básicos del deporte moderno, y en particular de lo que llamamos “Juegos Olímpicos”, como los deportes de equipo o la idea de hermandad universal en un marco de deportividad están, en gran parte o por completo, alejados del concepto antiguo. La extrapolación del olimpismo moderno a los ideales antiguos está por completo fuera de lugar: en el mundo griego era aún más lo que se jugaba (Hodkinson 1999: 147). Las tendencias recientes en el estudio del deporte griego antiguo reflejan esta ambivalencia entre lo próximo y lo ajeno (Weiler 2014).

Durante el arcaísmo y épocas clásica y helenística, el desarrollo del ejercicio físico, competitivo y público o no (*athletics vs sport*, ver Christensen y Kyle 2014: 2-3 para esta muy anglosajona pero útil distinción) estuvo ligado a un aspecto terriblemente serio y literalmente vital. No hay duda de que para los antiguos griegos la fortaleza física y mental que era necesaria para obtener la victoria en las pruebas deportivas estaba ligada con el endurecimiento del cuerpo y la mente requerido para sobrevivir y triunfar en el *agon* más peligroso de todos: el combate a muerte en la guerra contra otros hombres armados, entrenados de manera similar e igualmente decididos a vencer. Así pues, y en principio, la velocidad, la agilidad, la fuerza física y mental eran requisitos tan importantes tanto en el deporte como en la guerra, y parece obvia la relación entre ambas actividades en un doble sentido: el primero como preparación y también como sublimación de la segunda.

Pero esta asunción quizá no es tan evidente como a menudo se acepta sin una reflexión más detallada, y a discutirla dedicaremos estas páginas, centrándonos en esta ocasión en aquellas competiciones “deportivas” que en la Grecia arcaica y clásica se desarrollaban con el empleo de armas (en sentido amplio, incluyendo caballos y carros) como elementos integrales de la prueba.

2. FESTIVALES, JUEGOS Y PRUEBAS CON ARMAS

Aunque hay indicios iconográficos de la existencia de competiciones atléticas y “deportivas” ya en la Edad del Bronce (Rutter 2014)², es la *Iliada* (23, 262-897) la primera obra que detalla explícitamente una competición atlética cuyo fundamental carácter no es competitivo-deportivo sino competitivo-conmemorativo-funerario –en honor de Patroclo–, y en el que las diferentes pruebas están directamente extraídas de la práctica guerrera, reflejando así la capacidad marcial de los héroes. Se describen ocho pruebas, desde la carrera de carros (sin duda la más relevante para el poeta por el espacio que le dedica) hasta el lanzamiento de lanza arrojadiza (*hema*) (vv. 884 ss.), pasando por pugilato (vv. 653 ss.), lucha (vv. 700ss.), carrera (vv.740 ss.), duelo con armas a primera sangre (vv. 799 ss.), lanzamiento de peso (vv. 826 ss.) y tiro con arco (vv. 850 ss.).

Es sin embargo desde el siglo VIII a.C., en pleno “Renacimiento” griego (Hagg 1983; Morris 1988), cuando tenemos evidencia de “juegos” reglados en un contexto de festivales religiosos en los que los deportes en armas juegan sin embargo un papel sorprendentemente menor y de aparición relativamente tardía, dejando un hiato temporal con la competición de la *Ilíada*. Para cuando cristaliza el Festival de Olimpia, quizá mejor a fines del siglo VIII a.C. que en la fecha tradicional de 766 a.C. (Kyle 2014: 23), el carácter marcial y desde luego el funerario de las competiciones habían perdido considerable peso en relación con otros factores como la propiciación de la benevolencia divina, honra a los hombres, competitividad entre campeones y ciudades, pero siempre con el componente religioso planeando sobre el conjunto de las competiciones y otras actividades (Kyle 2014: 22 ss.).

Los juegos panhelénicos³, y en particular los Olímpicos, fueron los más prolongados, populares y con pruebas más variadas, y son por supuesto los más conocidos por la investigación moderna, pero ni mucho menos los únicos. Juegos como los panatenaios eran también sumamente populares. Existieron literalmente cientos de competiciones locales (apenas sabemos nada de muchas de ellas), la mayoría de las cuales se caracterizaban por ofrecer premios más o menos valiosos (crematísticos, de *chremata*) frente a las sencillas pero altamente simbólicas coronas vegetales (*stephanoi*) de los grandes juegos.

2. Y no nos referimos, o al menos no exclusivamente, a la ritual taurocatapsia minoica, o al pugilato del fresco de Santorini. Las carreras de carros de guerra pueden haber sido una competición micénica habitual.

3. Olímpicos en honor de Zeus (Olimpia, desde c. 776 a. C. o quizá –según algunas hipótesis recientes– mejor c. 700 a. C.); Píticos en honor de Apolo (Delfos desde 586 a. C.); Istmicos en honor de Poseidón (Corinto desde 580 a. C.); Nemeos en honor de Zeus (Nemea desde 573 a. C.) (Kyle 2014:3 1; fechas ligeramente distintas pero en la misma sucesión en Comesaña 2016: 125). Sobre el debatible concepto “panhelénico”, ajustado comentario en Nielsen (2014: 134-135). Estos juegos llegaron a desarrollarse un *periodos* o recorrido calculado expresamente para que no se solaparan (Kyle 2014: 31).

Estos premios eran variados, pero en algún caso incluían armas, caso de Argos, que ofrecía escudos hoplitas cubiertos de bronce (Píndaro, *Olimp.* 7,84).

Hubo competiciones que se celebraban en festivales específicos y no en otros, pero en conjunto resulta llamativo que las competiciones que se celebraban con armas nunca figuraron entre las más populares de los Juegos, y tampoco, si atendemos a la lista de Pausanias sobre Olimpia (5,8,5-11) entre las más antiguas (Lee 1992: 105; Decker 1992: 61; Kyle 2014: 26-27). El *hoplitodromos*, la carrera a pie con panoplia hoplita sólo se introdujo en Olimpia según su recuento en el 520 a. C., dos siglos y medio después de la instauración tradicional de los juegos (65ª olimpiada). Incluso si consideramos el carro ligero como un antiguo tipo de arma de guerra (*infra*), empleado desde época micénica hasta un periodo indeterminado en la Edad Oscura (Littauer y Crouwel 1979; Crouwel 1981) la arcaizante carrera de cuadrigas (*tetrrhippon*) sólo parece haberse introducido en 680 a. C., y la de bigas (*synoris*) que es el tipo más militar de vehículo, sólo en 408 a. C., muy avanzada la época clásica. Con todo Pausanias se cuida de añadir que los más antiguos juegos, antes de su reinstauración “moderna”, fueron carreras de carros. Debemos tener en cuenta estos detalles más adelante.

Por lo que se refiere a las Panateneas atenienses, y dejando de lado de momento los concursos musicales que ocupaban el primer día del festival, el resto de pruebas son ordenadas de la siguiente manera por Kyle (1992: 82-97): en primer lugar se celebrarían las carreras, στάδιον, δίαυλος y δόλιχος, de 200, 400 y 4800 metros respectivamente; a continuación, el pentatlón, que incluía las pruebas de salto de longitud, lanzamiento de disco y jabalina, carrera y lucha; después, lo que Kyle denomina “heavy events”, la lucha, el boxeo y el pancracio, pruebas durísimas que se explican por la alta tolerancia a la violencia que debían de tener los griegos; y, finalmente, la carrera de hoplitas, un espectáculo de tonos militares en que los participantes corrían armados con casco, escudo y grebas. Tras estas pruebas, tenían lugar las competiciones ecuestres, las más espectaculares, limitadas a los que poseían mayor fortuna pues sólo los ricos podían permitirse mantener uno o más caballos. Estas pruebas incluían la carrera de ἀποβάται, carreras de caballos, carreras de carros de dos o cuatro caballos y lanzamiento de jabalina desde el caballo. En tercer lugar, se disputaban las competiciones tribales, que consistían en la danza pírrica, la prueba de εὐανδρία (*evandria*) o excelencia masculina, la carrera de barcos, que seguramente iba desde el Pireo a Muniquia, y, por último, la carrera de antorchas, una carrera de relevos que se celebraba de noche antes del amanecer del día 28, integrada ya en la ceremonia religiosa. Como rasgo característico, Atenas incluía en la mayoría de las pruebas tres grupos de edad, cuando en Olimpia había sólo dos. En la propuesta de Neils (1992: 15), la carrera de ἀποβάται y la de barcos se atrasan por el contrario hasta el séptimo día del festival, después de la ofrenda del peplo y los sacrificios.

La síntesis simplificada recogida en la figura 4 nos muestra que, en el conjunto de las pruebas deportivas celebradas en los diferentes Juegos griegos⁴, las que implicaban

4. Además, en este resumen muy simplificado en la mayoría de los casos una categoría recoge diversas pruebas. Por ejemplo, en la categoría de carreras sin armas, sólo en Olimpia se celebraban en el siglo VII a. C. la carrera del *stadion* (c. 200 m.) (y en dos versiones para adultos y adolescentes), pero también el *diaulos* (c. 400 m.), y el *dolichos* (larga distancia, quizá 20 estadios o unos 3800 m.). Las distancias eran además variables según los festivales: el estadio de Olimpia medía 192,28 m.; el de Delfos 177,5 y el de Nemea 178 m. (Kyle 2014: 27).

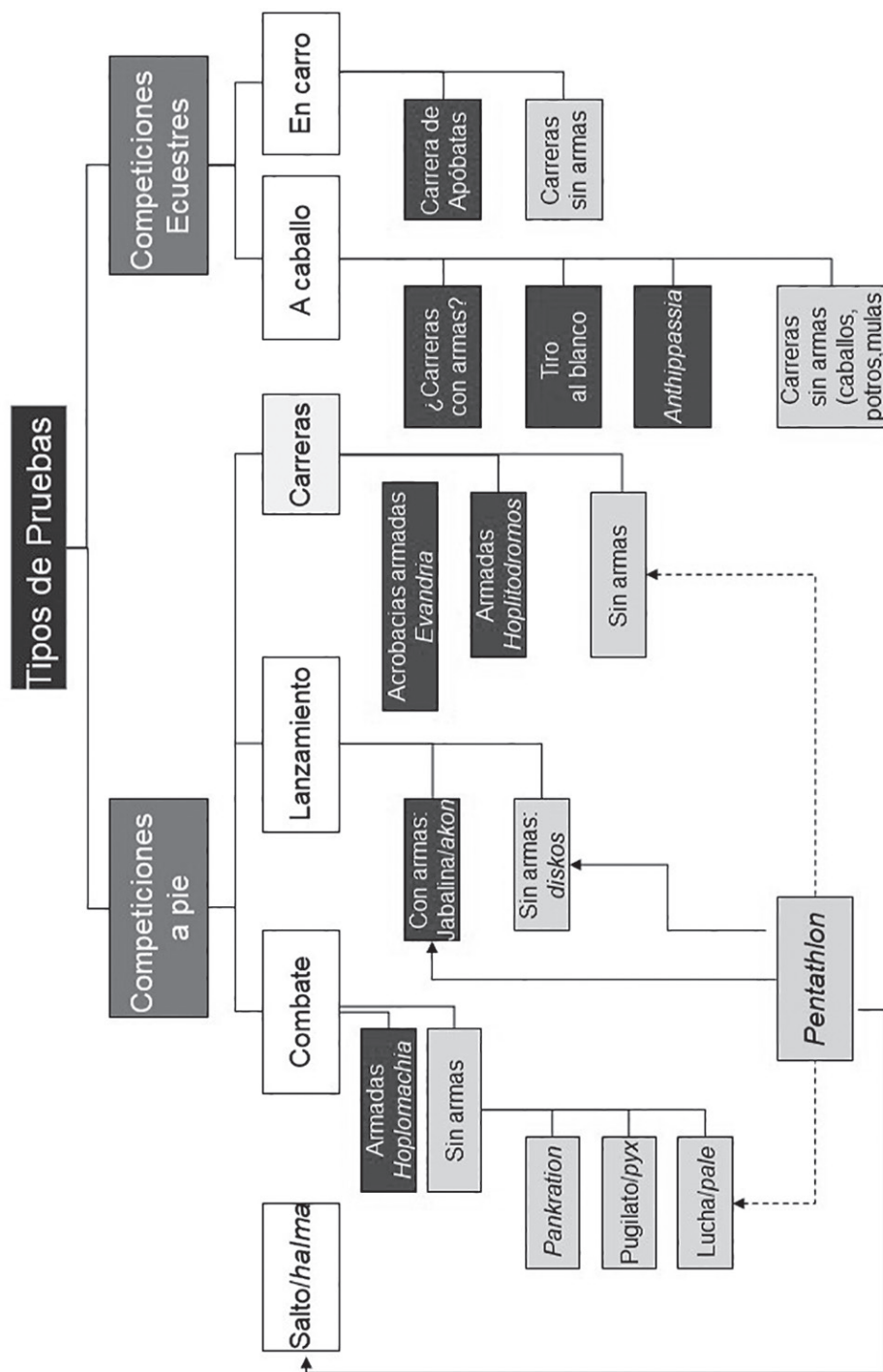


Figura 4. Principales categorías de competición en los Juegos griegos. En el tono más oscuro se resaltan las pruebas con armas estudiadas en este trabajo

portar o emplear armas eran comparativamente pocas. Estaban relativamente generalizadas en los diferentes festivales solo la carrera con (ciertas) armas (*hoplitodromos*), lanzamiento de jabalina (*akontion*) dentro del pentatlón, y de entre las carreras con carros, la de *apobatai* en la que el acompañante del auriga, recuerdo del antiguo combatiente, descendía del carro y corría tramo/s a pie. Una de las competiciones más populares, el *pentathlon*, incluía entre sus cinco pruebas sólo una con armas (lanzamiento de jabalina, junto con el de disco, carrera de estadio, salto de longitud con halteras y lucha libre).

Es sin embargo cierto que entre los propios griegos antiguos eran muchos los que consideraban que la función primigenia y primordial de las competiciones, tanto las de combate sin armas, muy brutales (pancracio y pugilato sobre todo), como las de salto o carrera, se originaban también, como las competiciones con armas, y como en la *Iliada*, en las virtudes marciales; la demostración de dureza, resistencia y espíritu de lucha incluso hasta la muerte⁵, como en los casos de pancracio y pugilato tan celebrados por los griegos (Poliakoff 1987). Del mismo modo, los carros eran percibidos como herencia de una época pasada en que se combatía desde ellos, especialmente los aristócratas.

3. ALGUNAS PRUEBAS DEPORTIVAS A PIE CON ARMAS

Hoplitodromos

Puede que la carrera de hoplitas armados (*diaulos meta tes aspídos; enhoplios dromos; hoplités*) más antigua fuera la de Nemea (Filóstrato *Gym.* 7 “*Las carreras de hoplitas son concursos antiguos, especialmente en Nemea*”, cf. Reed 1998: 9 ss.). Otros han considerado que su origen pudo estar en Argos, donde los premios en forma de *aspides* eran frecuentes (Schwartz 2009: 46-47). De hecho, era un elemento central en el festival de Hera en dicha ciudad (Reed 1998: 11).

Según Pausanias (5,8,10) en la 65ª olimpiada (520 a. C.) se aprobó incluir entre las competiciones de Olimpia la carrera con armas (*hoplites, hoplitodromos*) siendo su primer vencedor Damáraeto de Herea (Arcadia). Según el mismo Pausanias, hay un *terminus post quem* de 665/664 a. C., pues en ese año, dice explícitamente, en Olimpia no se celebraba (cf. 3,14,3). Al parecer, en Delfos se introdujo poco después que en Olimpia, en 498 a. C. (23ª edición, Pausanias, 10,7,7; Sekunda 1998: 31).

Hay por otro lado algunos indicios de que en Atenas, donde es segura desde c. 510-480 a. C. (Kyle 1987: 181), esta prueba se pudo haber introducido ya desde mediados del siglo VI a. C. (a partir de las imágenes en ánforas panatenaicas, Reed 1998: 4; cf. también Higgs 2017: 71). Si, como parece, las competiciones aristocráticas (con carros) y marciales estuvieron entre las primeras, el *hoplitodromos* y las danzas pírricas en armas pudieron bien celebrarse incluso desde antes que en Olimpia para honrar a Atenea, una diosa guerrera (Neils 1992b: 21). La ausencia de ánforas con hoplitas en el reverso en algunos

5. Las ciudades declararon la inmunidad legal de quienes mataran accidentalmente a sus rivales (Demóstenes 23,53). Al parecer en 564 a. C. un pancracista moribundo, Arrhichion de Figalia forzó, moribundo ya, la rendición de su rival al dislocarle el tobillo (Pausanias 8,40, 1-2). En 492 a. C. se negó una victoria a Cleomedes de Astipalea por matar intencionadamente a su oponente (Pausanias 6,9,6). Ver Poliakoff (1987: 62-73; 91).



Figura 5. Detalle de un ánfora panatenaica de la serie de Nicómaco, en técnica de Figuras Negras pero fechable en 323-322 a.C. Hallada en Bengasi. Museo del Louvre, MN704. Beazley, *ABV* 415.12, 416 Wikimedia Commons

periodos ha llevado a proponer que esta prueba en particular pudo celebrarse en algunos periodos y en otros no (Kyle 1987: 181-182, 'in and out of fashion').

Es posible que las carreras atenienses de los siglos VI-V a. C., un *diaulos* en distancia (Aristof. *Aves* 291-292), se celebraran en la vía de las Panateneas, cruzando el ágora (Camp 1992: 46; Reed 1998: 12). Sin embargo, en la lista de premios de la primera mitad del siglo IV a. C. (*IG* II² 2311, cf. Miller 1991: 81-85) el *hoplitodromos* ni siquiera aparece citado específicamente en la lista de premios, aunque la decoración de bastantes ánforas panatenai-cas lleva a pensar que el aceite sería en Atenas el premio habitual (fig. 5).

En Atenas también se corría en las *Teseia* (Bugh 1990: 23, cf. *IG* II², 956 col. II,

l. 77-78; *IG* II² 957. col. II, l. 46; *IG* II² 958. col II, l.66; *IG* II² 960. col. II, l. 27-28); también se celebraba en Platea, Larisa en Tesalia y otros lugares, con diferentes justificaciones o supuestos orígenes (Reed 1998: 12). El hoplitodromos es por tanto la prueba con armas más popular y de las más antiguas.

Según Plutarco (*Moralia* 639E=*Quaest. Conv.* 2,5; Pausanias 3,14,3); y más tarde Filóstrato (*Gymnastikos* 7), era la última prueba de las olimpiadas, por lo que su conclusión marcaba el fin de la tregua sagrada. También era la última prueba en varios festivales, incluso los de segundo orden que lo celebraban, como el del Anfiraeo en Oropo (*IG* XII, 9, 952). Pero en otros varios era la última prueba atlética a pie, antes del comienzo de las pruebas ecuestres que podían incluir carreras de apóbatas (*infra*); es el caso de las *Teseia* en Atenas, segundas en importancia frente a las Panateneas (Kennell 1999: 249 para la sucesión completa de pruebas). Al menos en las *Teseia*, donde había varias pruebas con categorías infantiles y juveniles, la carrera en armas parece haber estado reservada solo a los adultos (Bugh 1990: 23; Reed 1998: 11).

El *hoplitodromos* se corría normalmente sobre un *diaulos*, es decir, un estadio de ida y otro de vuelta, c. 400 m (Paus. 2,11,8; 10,34,2; cf. Gardiner 1903: 270 y 276-281, quien discute la posición de salida y el giro en el estadio; Reed 1998: 13-14). En Nemea la carrera se doblaba hasta cuatro estadios (c. 800 m.) según se deduce de Filóstrato (*Gymnastikos* 7) quien menciona⁶ que allí la carrera era conocida también como 'carrera de caballos (*hippios*)', probablemente aludiendo a la longitud habitual de estas últimas. En los *Eleutheria* o 'Juegos de la Liberación' de Platea (fundados en 479 a. C. para conmemorar la liberación contra los persas, cf. Pausanias 9,2,6), la carrera era famosa según Filóstrato por ser especialmente larga (aunque las fuentes no proporcionan la distancia),

6. Filóstrato *fl.* s. III d. C., lo que debe ser tenido en cuenta dado el tiempo transcurrido.

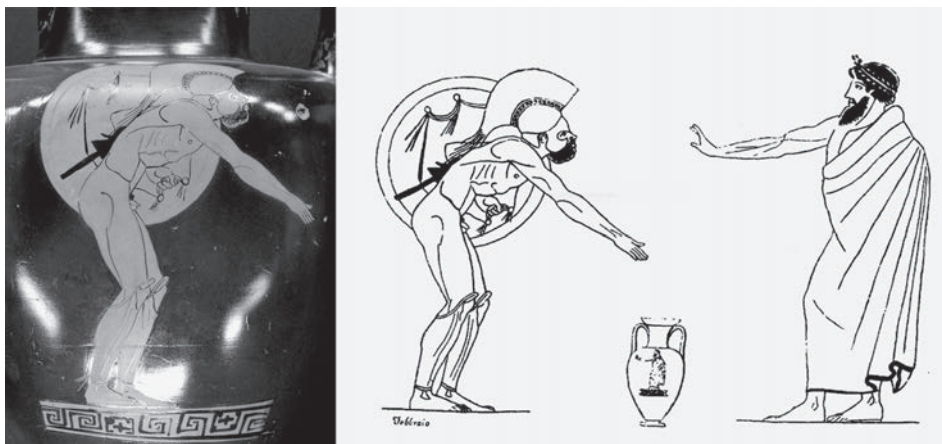


Figura 6. Hoplita en posición de salida, similar a la de una estatuilla de bronce en Tübingen, con panoplia bastante completa para un *hoplitodromos*: Ánfora ática, c. 480-470 a. C. Mus. Louvre, CA201. Wikimedia commons

pero sobre todo porque se corría con armadura completa con lo que el corredor lo hacía “*como si en verdad estuviera combatiendo*” (*Gymn.* 8).

Esto prueba que en la mayoría de los casos se empleaba panoplia parcial y en todo caso solo la defensiva. En Olimpia y en Atenas los corredores llevaban casco (normalmente el corintio, a veces el llamado calcídico, *cf.* Reed 1998: 14) y el gran escudo hoplita (*aspis*) de en torno a un metro de diámetro. En fechas antiguas, durante los siglos VI y parte del V a. C., se llevaban también grebas y casco, pero “*con el tiempo*” en Olimpia y en el resto de festivales se descartaron (Paus. 6,10,4); la iconografía muestra que desde mediados del siglo V a. C. las grebas ya no aparecen (Gardiner 1903: 282; Reed 1998: 16). Por otro lado, en ningún caso se corría con armas ofensivas, lanzas y espadas (Kyle 2014: 27).

Por consiguiente, salvo (y solo parcialmente) en el caso de Platea, no hay paralelo posible entre la competición deportiva y el uso militar: la simple carrera o trote o marcha con lanza implica unas condiciones por completo diferentes a las de una carrera tendida sin ella. Además, el carácter individual de la carrera y la ruptura de formación que ello implica son diametralmente opuestos a la esencia de la falange hoplita cuya panoplia solo remedan los corredores (Reed 1998: 4).

Para N. Sekunda (1998: 31) la aparición de esta carrera coincide con los primeros contactos con los persas en Asia Menor (en 523 a. C. Polícrates de Samos fue vencido, capturado y ejecutado por los persas). La hipótesis podría apoyarse además en que Filóstrato indica que la carrera de Platea conmemoraba, con su peculiar disposición, la victoria sobre los persas (*Gym.* 8). Según Sekunda, en todo caso, los griegos habrían diseñado una nueva táctica para contrarrestar el peligro de los arqueros persas: la carga a la carrera, puesta en práctica en Maratón en 490 a. C. (Heródoto 6, 112). En su opinión, el *hoplitodromos* sería pues “*desarrollado para entrenar a los ciudadanos en esta nueva maniobra militar*”, y la distancia de 400 metros de la carrera “*coincides well with the effective area of the Persian archers’ zone of fire, suggesting an explicit military purpose for this type*

of training". Sin embargo, el alcance eficaz del arco antiguo de tipo persa en combate no alcanza, ni con mucho, la mitad de esa distancia (McLeod 1965, 1970; *pro* Hammond 1968: 17 y Blyth 1977: 5; 32ss.; 48 ss. y especialmente 53-54 entre una amplia bibliografía existente), y en condiciones de combate con armadura (no empleada en el *hoplitodromos*), lanza y espada una carga a la carrera de 400 m tal esfuerzo hubiera dejado a la falange por completo exhausta antes incluso del choque real.

Heródoto deja claro que en Maratón la carga a la carrera cubrió ocho estadios, unos 1500 m, pero estudios experimentales duplicados y realizados por atletas han mostrado la imposibilidad, no ya de llegar a la meta (la línea persa) en condiciones de combatir, sino de simplemente cubrir corriendo esa distancia (Donlan y Thompson 1976: 339 ss.). Y eso contando con que estos corredores modernos llevaban una carga total de solo 7 kg, frente a los 15-30 kg de la panoplia hoplita completa *c.* 490 a. C. (*cf.* Schwartz 2009: 95). Del mismo modo, en ausencia de lanza, espada, coraza, y también de casco y grebas desde *c.* 478 a. C., no se puede sostener que los hoplitas corrían en el estadio "*in full pack*" (Reed 1998: 3), sino en una versión aligerada ajena a la experiencia real de la batalla (*pro* Schwartz 2009: 47-49).

Es posible incluso que los *aspides* empleados por los corredores fueran de peso homogéneo, incluso más ligeros que los propiamente militares; o al menos todos del mismo peso para evitar trampas. En 271-70 a. C. la Anfitionia de Delfos honró a Eudoxo de Argos, quien había regalado al santuario diez escudos decorados con bronce para la carrera (SIG³ 419 / CID 4.28), lo que indica que posiblemente estaban estandarizados, aunque se citan menos escudos que las 17 calles del estadio de Delfos (Reed 1998: 17). Del mismo modo, Pausanias (5,12,8) menciona que en su época (siglo II d. C.) en el templo de Olimpia se almacenaban veinticinco escudos "de bronce"⁷ para su uso en las carreras armadas. Pese a ello, hay quien cree que cada concursante llevaba su equipo personal (Reed 1998: 11); es posible que así hubiera sido en época arcaica o clásica, pero probablemente habría entonces alguna revisión para evitar armas artificialmente aligeradas.

La asociación militar de esta prueba con armas parecía evidente a los ojos de escritores grecorromanos tardíos, que sin embargo no eran generales ni tenían experiencia militar. Recuerda Filóstrato —ya avanzado el Imperio Romano— que una tradición local en Olimpia atribuía el origen a la carrera de un soldado eleo para anunciar a su ciudad una victoria militar, descartándola con buen criterio dado que "*he oído la misma historia de los de Delfos... y de los Argivos... y de los Corintios*" (*Gymn.* 7). Plutarco, a principios del siglo II d. C., explicaba que esta prueba era la última en celebrarse, "*demonstrando que la forma física para la guerra es el objetivo de los juegos atléticos y de la competición*" (*Quaest. Conv.* 2.5, 639e); Pausanias (5,8,10) anotaba en el siglo II d. C. que se introdujo en Olimpia, "*supongo que en atención a los ejercicios militares*" y Filóstrato, ya en el siglo III d. C., realiza una digresión sobre los orígenes míticos del *hoplitodromos* en Nemea, Olimpia, Delfos y Argos, para concluir:

7. *i.e.*, *aspides chalkai* cubiertos al exterior con la lámina decorativa de bronce, muy delgada, que llevaban muchos escudos hoplitas, como el encontrado en el ágora de Atenas, capturado a los lacedemonios en Esfacteria, o las piezas decorativas recortadas conservadas en la propia Olimpia.

Pero mi opinión es diferente, porque estoy de acuerdo en que se inventó originalmente por razones militares, pero creo que se incluye en las competiciones como recordatorio de la reanudación de la guerra, y que el escudo significa que la tregua ha concluido y las armas son de nuevo necesarias. Si atiendes al heraldo te darás cuenta de que anuncia a la gente reunida que la competición, la entrega de premios llega a su fin y que la trompeta da la señal de Ares Enialio llamando a los jóvenes a las armas (*Gymn.* 7).

Pero no olvidemos que todos estos autores escriben en época imperial romana, y ya avanzada, cuando el recuerdo de la lucha hoplita como una práctica de combate real se desvanecía.

En 1903 E. Norman Gardiner (1903: 281) sugirió que, dado que esta carrera no requería de los duros y reglados entrenamientos de otros deportes, ello apuntaba a que era una competición “*conducted under fancy conditions*” similares a una *gymkana*; y que incluso el ser la última prueba apuntaba a una prueba “de carácter menos serio –*less serious character*– que las previas”. La época, antes incluso de la I Guerra Mundial en que escribe Gardiner, queda manifiesta en su visión:

again there is always something incongruous and comic in the sight of a person running fast in inappropriate costume, a gentleman in a top hat and frock coat with an umbrella in his hand, or a soldier in full uniform with his rifle. There must have been something comic in a race of Greek hoplites with shields and high crested helmets.

Que un eminente erudito viera incongruente y cómica la imagen de un soldado corriendo en uniforme –incluso de gala– con su rifle refleja un desconocimiento completo de las realidades de la guerra, no ya sólo en su propia época, sino en Heródoto o Tucídides o Jenofonte. Hoy en día no parece que esta idea se pueda sostener seriamente.

Por otro lado, el respeto que los griegos otorgaban a esta carrera está fuera de duda, y en ese sentido la asociación marcial es evidente (figura 7).

Hoplomachia-thureomachia

No se debe confundir el *hoplitodromos* con la *hoplomachia* (Kyle 1992:89), que era un ejercicio básicamente militar y relacionado desde principios del siglo IV a. C. (Arist. *Ath. Pol.* 42), si no antes (Ridley 1979: 531-535; Vidal-Naquet 1983: 177-178, *contra* Wheeler 1982: 229-230), con el entrenamiento de los efebos en Atenas, luego extendido a otras *poleis*.

Sin embargo, la *hoplomachia* tenía carácter competitivo. Para Reed (1998: 38) esta competición era la más elusiva de todas, aunque como veremos algo parecido ocurre con la *evandria* y otras (*infra*). Es cierto que no está claro hasta qué punto la *hoplomachia*, el enfrentamiento entre dos combatientes de la misma edad, era un duelo singular, una *monomachia* no sangrienta, o una exhibición de destreza en el manejo del armamento. Sí que parece que es heredero, más que del combate en falange (donde es la colectividad ante todo lo que contaba), del duelo homérico a primera sangre y en particular del duelo funeral de *Il.* 23, 799 ss. (*pro* Reed 1998: 6, 38)



Figura 7. Enócoe ático de Figuras negras, c. 480 a. C. Hallado en Camiros (Rodas). Un varón laureado inclina la cabeza en gesto de homenaje ante lo que parece la estatua de un hoplita. Se ha interpretado como una referencia al *hoplitodromos*. Mus. Británico, GR 1864.10-7.222. Foto. F. Quesada

Parece haber formado parte de un número amplio y creciente de *agones* en el mundo heleno, pero solo en época helenística. La excepción es que estuvo quizá presente en las Panatenaicas, incluso desde c. 520 a. C. a juzgar por un ánfora del MAN de Madrid (figura 8) que parece ser un premio a este modalidad (Reed 1998: 39) aunque diversos autores la considerado dudosa en tanto que premio (e.g Neils 1992:40) sobre la base de su tamaño comparativamente reducido (h=48 cm.) y dado que la *hoplomachia* no está documentada epigráficamente, por lo que se tiende a negar que formara parte del repertorio de competiciones de las Panateneas (Kyle 1992: 89; *contra*, Reed 1998: 39).

En cambio, no cabe duda de que la *hoplomachía* sí formaba parte de las competiciones en las *Teseia* atenienses, aunque es un *agon* muy tardío, introducido en época helenística avanzada (IG II² 957) (Bugh 1990), y centrado sobre todo en las clases de jóvenes y efebos (probablemente entre 15 y 18-19 años). De hecho, antes de las reformas de Epicrates en 335 a. C. los efebos solo competían en las carreras de antorchas (Kendall 1999: 253). En el siglo II a. C., que es el periodo para el que tenemos más documentación, se competía en dos modalidades: al modo hoplita clásico (con *aspis* y *dory*, lanza pesada y escudo hoplita) y como un *thureophoros*, infante más ligero con *thureos* y *machaira*, (escudo oval y espada cortante). Esta última modalidad es una innovación tardía asociada a la aparición de los *thureophoroi* como una nueva forma de combatiente capaz de combatir a la vez en orden abierto y en orden cerrado (cf. Serrati 2013: 186-1 87; Plutarco *Phil.* 9,1; Ascl. *Tact.* 1,3). Para cada modalidad había en las *Teseia* cinco clases de edad: tres de jóvenes



Figura 8. Pequeña anfora panatenaica (altura 48 cm), c. 520-500 a. C. (MAN) o 525-475 (Beazley Archive). Representación de *hoplomachia*. Posible aunque debatido premio en competición. Beazley Arch. 3756. Madrid, MAN, Inv. 10901 Col. Salamanca. Foto MAN

(*paides*) por niveles de edad, probablemente entre los 12 y los 17 años, una clase abierta también a jóvenes en general y otra para adultos, esta última abierta también a extranjeros (Bugh 1990: 23); obviamente el objetivo era que los “combates” fueran equilibrados en relación con el desarrollo físico de los contendientes.

En época helenística tardía estos combates en sus dos variantes (*hoplitas* y *thureophoroi*) estaban extendidos en numerosas ciudades, como Sesto en el Quersoneso, Pérgamo, Eritras, Samos, Babilonia (incluyendo *thureomachia* en los dos últimos lugares) (Bugh 1990). En todos estos casos, sin embargo, se trataba de competiciones que en un momento dado podían ser premiadas, pero con una asociación predominante a ritos de paso de edad y a un entrenamiento militar similar a la efebía ateniense, más que a una competición “deportiva”. En todos estos casos parece que se trataba de demostrar habilidad en el manejo de las armas, flexibilidad, fuerza y resistencia, aunque desconocemos las reglas precisas (Reed 1998: 39).

Una de las mayores críticas, antiguas y modernas, a la utilidad del deporte atlético y de las pruebas competitivas en el ámbito militar, es que se trataba en prácticamente todos los casos (alguna excepción, especialmente espartana, se mencionará más adelante) de acciones individuales, mientras que la batalla es esencialmente una actividad colectiva.

Sobre esto tiene algo que decir Platón: el entrenamiento con armas (*hoplomachia*), entendido no como actividad atlética, sino enfocado a la guerra, tal y como se concebía en la efebía anteniense, no solo era valioso en sí mismo como forja de carácter, sino que tenía utilidad en aquellas fases de la batalla en que se rompían las formaciones (persecución o huida) y la habilidad era importante; más aún, impulsaba el interés por el estudio ulterior de la táctica (el combate en formación y los movimientos de unidades) y la estrategia (la dirección de una guerra). Así, vemos como Sócrates, de cuyo eximio valor en la batalla de Delion se nos acaba de dar noticia, arbitra el debate entre Laques y Nicias, ambos generales, en el que se discute sobre el valor y sobre la enseñanza de las armas: “¿Esa enseñanza, el aprender a combatir con las armas, es conveniente para los muchachos o no?”. El segundo sostiene la utilidad de la *hoplomachia* entre los jóvenes, incluso porque

este aprendizaje les será una cosa útil en la batalla misma, cuando sea preciso luchar junto a otros muchos. Pero su provecho será máximo cuando se quiebren las formaciones y, entonces tengan que luchar individualmente, bien para atacar persiguiendo a uno que se retira, o para defenderse en retirada de otro que carga sobre ellos. El que domina ese arte no se dejará vencer, ni enfrentado contra uno, ni siquiera atacado por más, sino que se impone en cualquier trance gracias a él. Además, ese aprendizaje incita el deseo de otro nuevo y hermoso conocimiento: pues cualquiera que ha aprendido el combate de las armas deseará el estudio inmediato de la táctica, y, después de adquirir éste y ganar reputación en sus manejos, se lanzará al estudio total de la estrategia (Platon, Laques 181c-182b, trad. J. Calonge et al.).

Es cierto que en su réplica Laques ridiculiza las enseñanzas de los *hoplomachoi*, citando la ausencia de este entrenamiento “profesional” entre los mismísimos lacedemonios, pero lo que hace es ridiculizar a los pedantes “maestros de armas”, no la enseñanza misma (Laques 183b-c). Platón se inclina en conjunto por la utilidad de la enseñanza del entrenamiento militar en muchos pasajes de las *Leyes* (*infra*), incluso por oposición al deportivo/atlético.

Euandria

Esta actividad, que se ha creído específica de Atenas en las Panateneas y en las Teseia (Jenofonte, *Mem.*3,3,12-13; cf. Reed 1998: 32) es quizá la más elusiva de todas, hasta el punto de que se discute su carácter no ya de “deportiva” sino incluso de “prueba”. Vickers (2016: 79) recuerda que los Juegos Panatenaicos incluían varios eventos no ortodoxos, incluyendo éste, sólo documentado según Reed (1998) en las escenas de dos ánforas (una de ellas de tipo panatenaico) (fig. 9), en las que un varón lleva un escudo hoplita en cada mano a la vez que parece hacer movimientos acrobáticos, en el segundo caso sobre la grupa de un caballo. El nombre mismo indica ‘hombría’ o ‘nobleza varonil’ (Eur. *El.* 367), o ‘buena forma física’ en una competición o batalla (Plut. *Pomp.* 24), pero suele traducirse en el contexto general de “belleza” en el sentido griego del término (Crowther 2004: 333-336).

El manejo simultáneo de dos escudos trae a la mente una escena de la Anábasis de Jenofonte en la que un misio (región de Asia Menor) “entró con un escudo ligero en cada



Figura 9. *Euandria*. Ánforas con posibles representaciones de *evandria*. Arriba, Ánfora panatenaica. Colección Zoullas en Nueva York/Beazley Arch. 8774. Debajo, Ánfora de Paris, Cabinet des Medailles, n.inv. 243/Beazley Arch. 1047. De Reed (1998: figs. 9-12). Reed (1998: 31-37) considera estos vasos ejemplos de *evandria*, lo que no es ni mucho menos unánime. El vaso de la col. Zoullas ha sido también -y quizá más probablemente- considerado una preparación para *hoplitodromos* (Vickers 2016: n. 233; ver también Hamilton 1996: 139). En todo caso, estas piezas son además de pequeño tamaño, no aptas como premio contenedor de aceite

mano y bailaba, unas veces imitando que se enfrentaba a dos [...] otras dando giros y haciendo volteretas” (*Anab.* 6,1,9). Hay que recordar que al menos en un caso se representa la escena de una danzarina bailando con dos escudos (Poursat 1968:55, *choe* de fines del siglo V a. C.), en lo que en buena lógica no podría considerarse *euandria*, salvo que fuese una parodia o remedo lúdico, lo que puede deducirse de la escena ya que la bailarina lo hace delante de dos efebos acostados sobre una *kline* en un banquete.

La *euandria* es mencionada escuetamente por algunas fuentes (Arist. *Ath. Pol.* 60.3; IG2.956.48). Sólo conocemos un vencedor, Andocides (*In. Alc.* 42, autocitándose). Hay sin embargo referencias a otras *euandria* en otras ciudades (Rodas, Esparta,...) (Crowther 2004: 335) pero no sabemos si se empleaban armas como parte de la competición.

El contexto militar de la *euandria* en las Panateneas en Atenas parece claro por las imágenes citadas y por las inscripciones en las que se mencionan sus premios, y en el caso de las Teseia, por su asociación con las *euhoplía*, un concurso de equipos militares (*IG II²* 956.58). Ambas competiciones forman parte del *proagon*, los concursos previos a la parte atlética propiamente dicha (Kennell 1999: 249). En las *Teseia* de época helénica (siglo II a. C.) de Atenas, sus datos se preservan en una serie de largas inscripciones (*IG II²* 956-965) estudiadas recientemente por Bugh (1990) y Kennell (1999), que recogen decretos en honor de los *agonothetes* o presidentes/financiadores, y de los vencedores en las diferentes pruebas. Es el orden de las pruebas lo que parece significativo: en el *proagon* primero competiciones para heraldos y trompetas; luego dos concursos/competiciones seguidos de carácter militar, *euandria* y *euhoplía*, definidos por Gardiner y Bugh con elegancia anglosajona de club militar como pruebas de “*general smartness and equipment*” (Bugh 1990: 22). En estas dos competiciones había concursos separados para tropas escogidas (*epilektoi*), para mercenarios extranjeros al servicio de Atenas, y para *hippeis* atenienses (Kennell 1999: 250). Todo ello no se refleja en las *euandria* de las Panateneas. Luego venían las carreras de antorchas (también en las Panateneas) y ya en el *agon* propiamente dicho las pruebas gimnásticas y ecuestres. Pero nada nos autoriza a extrapolar el carácter marcadamente militar de este concurso en Atenas a otros festivales (Crowther 2004: 335-336).

Sólo a partir de las muy escuetas noticias e imágenes conservadas nos es realmente posible determinar la naturaleza de la competición, o mejor concurso. Para Crowther (2004: 333-339 y 349) se trataría de una suerte de “concurso de belleza” masculino centrado en la demostración de fuerza física y destreza. Para Vickers (2016: 87-88) sería en efecto un concurso que premiaba “*belleza, estatura y exhibición de destreza atlética o fuerza bajo el concepto ‘hombria’*”. Ambos autores toman el concepto básico del citado texto de Jenofonte. Frente a un cierto escepticismo generalizado (Vickers 2016: 73 para detalles), solo Nancy Reed (1998: 31-37) ha querido ver con claridad –en un total de solo dos ánforas– la prueba de la existencia de un concurso atlético/acrobático con armas en el que se manejaban dos escudos hoplitas, uno con cada brazo (a unos 8 kg por escudo en condiciones normales no es tarea pequeña), quizá saltando o realizando otros movimientos acrobáticos (Kyle 1992: 96), o casi circenses en opinión de Stephen Miller.

Según Aristóteles, en esta competición en particular se entregaban escudos como premio (quizá en relación con la actividad ejercida), mientras que en la música se entregaban premios en monedas de plata y vasos de oro, y aceite para los vencedores en las pruebas atléticas (*agona*) y ecuestres (*hippodromía*) (*Ath. Pol.* 60.3). En cambio, la lista

de premios (y es fuente primaria) conservada en una inscripción ateniense de la primera mitad del siglo IV a. C. (*IG II² 2311*, traducción en Miller 1991: 81 ss.) se menciona específicamente, en la línea 75, que el premio para la tribu vencedora en la *euandria* era un toro y cien dracmas, lo mismo que para los vencedores en la danza pírrica. Quizá Aristóteles confundió los objetos empleados en la prueba con el premio, porque la inscripción le es prácticamente contemporánea, con apenas una generación de diferencia. Reed (1998: 32) sugiere, siguiendo literalmente a Crowther (2004: 334, orig. 1985), que quizá la tribu recibiera el buey y la plata, y los concursantes los *aspides*

En todo caso, lo relevante para nosotros es que todo esto ya indica que la *euandria*, como las danzas en armas, no formaba parte de la competición deportiva propiamente dicha, sino que era un concurso aparte. Por otro lado, el que los premios se entregaran a una tribu no autoriza a pensar que se tratara de un concurso en equipo, como a menudo se ha considerado.

Nos resulta por fin por completo indefendible el argumento de Reed (1998: 5) quien, en su esfuerzo por buscar la relación entre milicia y ejercicios deportivo-lúdicos con armas, especula a partir de la referencia de Platon (*Leg.* 795d) sobre la utilidad de que un pancracista pueda en combate manejarse bien con ambas manos, con la idea de que, en combate, si la falange se desordena y no hay otras armas a mano, un hoplita pudiera abrazar un escudo en cada brazo y así defenderse. Evidentemente, la idea carece de sentido y de utilidad alguna: dos escudos de casi un metro, abrazados, dejarían por completo indefenso al insensato que tal cosa hiciera.

Jabalina (akontizon)

Una breve referencia nos bastará aquí en relación a la tercera prueba a pie con armas, lanzamiento de jabalina, quizá en origen la más militar de todas ellas. Pese a que el lanzamiento de lanza/jabalina tenía en Grecia un largo *pedigree* que se remonta al funeral de Patroclo en la Iliada (*Il.* 23, 884-897), en Olimpia formaba parte del pentatlón y no tenía existencia individual, como el salto y el lanzamiento de disco, al contrario que la carrera o la lucha (fig. 4), lo que indica un *status* relativamente modesto. Lo mismo parece haber ocurrido en el festival Panatenaico (Kyle 1992) o en las Teseia, reservándose además en este caso a los efebos (Bugh 1990: 23; cf. *IG II² 957*, col. II, l. 147-157; *IG II² 958*, col. II, l. 77-78).

Por otro lado, se ha sugerido que el pentatlón, aunque más completo, y bien valorado por Aristóteles (*Ret.* 1361b, los atletas del pentatlón son los más hermosos), era considerado por otros autores (pseudoplatón, Suda *sv* Eratóstenes) como propio de atletas de segundo nivel (Kyle 1992: 85).

En el lanzamiento se empleaba un propulsor o *ankyle*, una tira de cuero enrollada en el astil y que se pasaba por los dedos índice y corazón (fig. 10) para impulsar el astil, mejorando sustancialmente al alcance y precisión (Murray *et al.* 2012). Era un instrumento empleado en combate en todo el Mediterráneo, en escenas de guerra en la cerámica griega ya desde el protocorintio de mediados del siglo VII a. C., pero también en el mundo itálico (lat. *amentum*) e incluso representado en la cerámica ibérica (S. Miquel de Lliria) y celtibérica (Numancia).

Ciertos experimentos modernos (Murray *et al.* 2012) parecen indicar que se puede obtener con el *ankyle* hasta un 58% de ventaja, y que son factibles alcances de hasta 66 m, un valor modesto para las especulaciones de algunos autores, que en el siglo XIX llegaron



Figura 10. Detalle de una copa ática de Figura Rojas, c. 470 a. C. Pintor de Londres, E80. Muestra una escena de gimnasio en la que una figura sujeta una jabalina preparada para el lanzamiento con *ankyle*. Hallada en Vulci (Etruria). Museo del Louvre, G384. Foto Wikimedia Commons

a calcular una mejora del 300%. En todo caso, y a partir de una oscura referencia de Estacio (*Tebaida* 6,353), que indica que longitud del hipódromo de Nemea equivalía al alcance de tres tiros de arco y cuatro de jabalina⁸, y sabiendo que los hipódromos griegos medían entre 350 y 550 m de pista, se ha podido estimar el alcance de la jabalina entre 91 y 137 m, una cifra muy elevada, elevadísima en comparación con los resultados experimentales e incluso en comparación con el récord mundial actual de lanzamiento de jabalina, que con toda la tecnología y entrenamiento modernos no supera los 98,48 m. La cifra de en torno a 90 m estimada por Harris (1963) está pues sometida a serias dudas.

4. DANZAS ARMADAS Y CONTEXTOS COMPETITIVOS Y PROCESIONALES

Al igual que la actividad deportiva y la cinagética, determinadas danzas que se bailaban empuñando armas eran asociadas por los griegos con la guerra, y eran objeto de competición en ciertos festivales, en Atenas al menos en forma de coro colectivo que debía realizar acciones acompasadas, según pone de manifiesto algún relieve (Reed 1998: Ill. 7) (fig. 11).

Debemos pues mencionar al menos estas danzas por su relación con competiciones “deportivas” y su carácter agonístico, aunque no entraremos en detalles (Downes 1904;

8. “*finem iacet inter utrumque quale quater iaculo spatium, ter harundine vincas*”.



Figura 11. Detalle de un pedestal de mármol pentélico con decoración en relieve hallado en la Acrópolis de Atenas, parte de un monumento dedicado en 366-365 o 323-322 a.C. por Atarbos para celebrar dos victorias en la competición de las danzas pírricas. El pedestal sostenía un grupo escultórico de bronce hoy perdido. La breve y fragmentaria inscripción (IG II² 3025) menciona los datos esenciales citados, incluyendo el nombre del arconte epónimo. Parte de los relieves muestra a jóvenes desnudos, pero portando cascos y escudos hoplitas ejecutando acompasadamente la danza premiada. Museo de la Acrópolis de Atenas, Inv. 1338. Foto Wikimedia Commons

Poursat 1968; Borthwick 1970; Wheeler 1982; Pritchett 1985: 61-62, n. 189; Delavaud-Roux 1993; Lonsdale 1993; Ceccarelli 1998; Schwartz 2009: 49-53).

Como ya advirtiera en su momento Downes (1904: 1091), y desde entonces han examinado los diversos investigadores, el término *pyrriche* se emplea en las fuentes clásicas tanto en un sentido genérico como danza armada propia de los espartanos y de muchos otros pueblos bajo diferentes denominaciones (e.g. Jenofonte. *Anab.* 6,1,9; Platón *Leg.* 815a; Aten. *Deip.* 14, 629c), como en uno específico, una danza específicamente ateniense y asociada a Atenea (Luciano, *Dial. Deor.* 13(8),226). Aunque la tradición clásica relacionaba el origen de la danza pírrica con Esparta (Ateneo, *Deip.* 14, 630 e-f; 631a), su extensión y relaciones son más complejas. Por un lado, toda una tradición la derivaba de la danza cretense de los Curetes que protegían a Zeus niño danzando y golpeando sus escudos con sus lanzas (e.g. Apolodoro, *Bibl.* 1,1,6-7; Estrabón 10,3,1-8; 10, 4,16; Downes 1904: 102). Por otro lado, en Atenas se asociaba expresamente con el nacimiento de Atenea (Luciano, *Dial. Deor.* 13(8) 226) y en las Panateneas se celebraba desde fines del siglo VI a.C. al menos (Poursat 1968: 551) una danza armada asociada a Atenea, como evento competitivo de danza armada tras las pruebas ecuestres y antes de la *euandria* (vid. *supra*). La inscripción IG II² 2311 varias veces mencionada, del siglo IV a.C., nos indica que había tres categorías de edad (infantil, juvenil y adultos) y en cada una el premio era un toro y cien dracmas (Miller 1990: 84; Kyle 2014: 33). Pero de nuevo, según Ateneo, desde el siglo II a.C. la pírrica sólo sobrevivía como danza de tipo militar con connotaciones de entrenamiento en Esparta (*Deip.* 14,631a) mientras que en el resto de Grecia el manejo de armas en la danza se había perdido. Con todo, para el erudito

Sócrates en sus versos declara que los que danzan mejor son los mejores en temas militares; y dice ‘quienes mejor honran a los dioses con danzas son los mejores en la guerra’, Porque el arte de la danza era casi como maniobras de armas [eksplisía] y una exhibición no solo de disciplina, sino del cuidado por el cuerpo (*Deip.* 14, 628f; también 14,630d).

Por demás, en Atenas la danza armada tenía connotaciones de rito de paso a la edad militar, y por tanto se celebraba en el momento en que el efebo recibía, al menos desde el siglo IV a. C., una lanza y un escudo del estado para comenzar su entrenamiento militar. Poursat (1968: 551-552 y *passim*) quiso diferenciar en la iconografía vascular de los siglos VI-V a. C. sobre todo entre danzas de hoplitas en el marco de procesiones o cortejos (*enhoplion* o “ritmo marcial”), y danzas pírricas masculinas propiamente dichas (que entendía como ejercicios de palestra) y además danzas armadas femeninas, aunque Poursat reconocía que incluso Aristófanes no hacía una distinción precisa entre las dos primeras, mientras que por su parte Ateneo tenía claro que *enhoplía* eran las canciones de marcha espartanas (*Deip.* 14,630f).

En principio, consideraremos el *enhoplion* a modo de marcha al compás, como lo describe Jenofonte (*Anab.* 6,1,11) de los mantineos y arcadios, esto es “*avanzaron al compás, al son de la flauta siguiendo el ritmo guerrero*”, que abarca a –pero es diferente de (Pollux, *Onom.* 4,99)– la “*danza pírrica ágil y atlética que luego baila una ágil esclava con un escudo ligero*” (6,1,12). Y a su vez estas danzas son diferentes de otras variantes practicadas por tesalios, misios y otros (*Anab.* 6,1,4-9). Así, la distinción iconográfica que realiza Poursat entre *enhoplion* y pírrica parece hoy difícilmente sostenible en conjunto, salvo cuando un contexto –por ejemplo, un cortejo funerario– permite hacerla. La distinción de que la pírrica se hacía con el guerrero desnudo, y el cortejo era vestido (Poursat 1968: 564) no parece tampoco ser sistemática.

La única arma constante es el escudo redondo hoplita y con frecuencia un casco con cresta (Downes 1904 para un examen detallado; recientemente Reed 1998: 25-26). Por otro lado, a menudo los danzantes no llevan armas ofensivas, pero en otros casos llevan bien lanza, bien espada (fig. 12).

La relevancia de los premios en las Pírricas, y el carácter colectivo de al menos alguna de sus competiciones quedan de manifiesto en la existencia de al menos un relieve de buena calidad fechable en el siglo IV a. C. en los que un grupo de ocho adultos desnudos con escudo hoplita marchan al compás en un concurso pírrico (explícito en la inscripción, *cf.* Downes 1904: 104; Reed 1998:23 y Fig. 7), al contrario de las imágenes vasculares que en su mayoría son individuales. Sin embargo, en otro relieve también ateniense, fragmentario, uno de los danzantes visibles, con casco y escudo, está subido sobre los hombros de un segundo, en un gesto que parece acrobático y que recuerda a la *euandria* (*supra*) mientras un tercero, también tocado con escudo y casco, parece sujetar o vigilar el “castillo” alzado por sus dos compañeros. Reed (1998: 24) interpreta la escena en cambio como una “vuelta de honor” del equipo victorioso, aunque esto es especulativo.

Platón asociaba entre sí las actividades gimnásticas y las danzas –en general y en particular las armadas asociadas a Atenas– considerando su valor como entrenamiento militar directo en tanto que fomentaba la agilidad (también Ateneo, *Deip.* 14,630d) y la resistencia:

La instrucción que hay que dar es doble, por así decirlo: debe formar el cuerpo por medio de la gimnasia, y el alma por medio de la música. Ahora bien, la gimnástica misma tiene dos partes definidas: la danza y la lucha. A su vez, la danza o bien imita las palabras de la Musa... o bien tiende a conservar el vigor, la agilidad y la belleza en los miembros y en las demás partes del cuerpo, dándoles el grado de flexibilidad o extensión deseado [...] Asimismo entre



Figura 12. Lécito ático de Figuras Negras, c. 490-480 a. C., en la época de las Guerras Médicas. En un entorno arquitectónico, dos guerreros, uno de ellos en el momento de agacharse o incorporarse, danzan al ritmo de la música de un *auletes*. Procede de Atenas. Museo Británico GR1842.0728.975/ B649, Bezley Arch. 2668. Foto F. Quesada

nosotros, la Virgen nuestra soberana, que tanto se deleita en los juegos de danza, no creyó se debiera danzar con las manos vacías, sino que se armó de pies a cabeza, y engalanada así, danzó toda su danza. He aquí una cosa que, de manera muy conveniente, podrían imitar tanto los jóvenes como las jóvenes, honrando así el juego que encantara a la diosa, y preparándose así no solamente para las fiestas, sino también para la guerra. (Platón, *Leg.* 796a-b; ver también 806b y 815a).

De hecho, el entrenamiento en orden cerrado y la danza han ido asociadas a menudo a lo largo de la historia (Mc Neill 1995), y cabe que al menos los movimientos violentos de la danza ayudaran a generar una habilidad para esquivar golpes, como expresa Platón (*Leg.* 815a) al hablar de la danza de “la variante seria” o “pírrica” (es pues el uso general del término) “*imita, por una parte, los movimientos que se hacen para evitar todos los golpes que vienen de cerca o de lejos [...] y por otra parte, los movimientos contrarios, los que significan actitudes de ataque...*”. Otra cosa es que quizá sea estirar excesivamente la información disponible concluir que la pírrica era una danza básicamente “defensiva” (Reed 1998: 26). Como también extraer nada más que una figura literaria de la metáfora de Epaminondas en el sentido de que las llanuras de Beocia eran una adecuada “pista de baile para la guerra” (*polemon orchestran*, Plutarco *Mor.* 193e (18); Aten. *Deip.* 14, 628f).

Sea como fuere, a nuestro modo de ver, es en conjunto discutible su valor como entrenamiento militar de cualquier tipo (Schwartz 2009: 50 en la misma línea), aunque no como expresión pública de la habilidad individual en el manejo de las armas obtenida mediante entrenamiento que, antes del siglo IV a. C., probablemente no pueda ser

considerado “militar”, sino “de exhibición”. Como ha señalado entre otros E. Wheeler (1982: 213) la iconografía parece señalar que la danza no implicaba dos bandos enfrentados en combate simulado, lo que disminuye aún más su supuesto valor práctico como entrenamiento militar.

Incidentalmente, en un mundo tan androcéntrico como el griego, es llamativo no solo que Platón recomiende la danza armada para los varones, sino también para las mujeres, lo que es confirmado por la iconografía (Poursat 1968: 586 ss.; Schwartz 2009: 51), donde las danzarinas van igualmente desnudas –inhabitual en la iconografía femenina– y llevan al menos *aspis* y *kranos*; a menudo lo que aparece es una *auletrix* sentada, frente al habitual flautista varón estante de las pírricas masculinas.

En conjunto, nuestro pensamiento se ajusta mucho a la conclusión recientemente propuesta por Schwartz (2009: 53): “*parece más bien que la danza pírrica era una tradición secular que compendia movimientos de combate básicos de naturaleza tanto ofensiva como defensiva; una ostentación llamativa de agilidad y manejo de armas, ciertamente conducente a una buena forma física*”. Esta visión nos parece mucho más ajustada a los datos literarios, iconográficos y a la extensión y cronología de las pírricas que la idea de que se pueda obtener de su estudio en la cerámica alguna pista sobre la naturaleza del combate griego cuerpo a cuerpo, como pensaron Pritchett (1985: 61, n. 189) o Rawlings (2000: 249), por mucho que algunas posturas o gestos reflejados en la cerámica puedan remedar algunas posturas que se adoptaran, con panoplia completa, en combate real.

5. LA EFEBÍA Y LAS COMPETICIONES CON ARMAS EN ÉPOCA HELENÍSTICA

Con independencia de que en numerosos festivales hubiera competiciones divididas por grupos de edad, entre niños (*paides*) –a veces subdivididos en varios grupos de edad–, quizá entre los 12 y los 16 años; jóvenes (*ageneioi*, a veces *efeboi*, sin barba, o *neaniskoi*, quizá 17-18 años⁹) y adultos (*andres*), e incluso con más categorías (Kennell 1999: 252), la institución de la efebía o servicio militar supone una situación peculiar.

Como hemos apuntado, se origina probablemente en Atenas con seguridad desde el 334 a.C. y probablemente desde la primera mitad del siglo IV, y quizá incluso en el siglo V a.C., cuando ya existía un juramento de efebos (Siewert 1977; Ridley 1979: 531-535; Vidal-Naquet 1968: 177-178; Corvisier 1999: 229), aunque el amateurismo del que se envanecía los atenienses de ese siglo (Tuc. 2,39; Jenofonte *Mem.* 3,12,5) lleva a otros, como Wheeler (1982: 229-230), a dudar de una fecha tan antigua. Ya en el siglo V a.C. otras ciudades comenzaron a entrenar al menos a parte de sus hoplitas, caso de los soldados escogidos de Argos que lucharon en Mantinea en 418 a.C. (Tucidides 6,67) y otros ejemplos (Pritchett 1972: 20-21; 1974: 208 ss.).

En todo caso, desde el siglo IV a.C. la efebía era una forma de “servicio militar” para los jóvenes ciudadanos atenienses, que a los dieciocho años recibían durante un año entrenamiento militar reglado con armas proporcionadas por el estado y durante otro guarnecían las fortalezas fronterizas del Ática (Aristóteles, *Ath. Pol.* 42,1-5). A partir de

9. No son correspondencias exactas, sino solo aproximadas (Kennell 1999).

entonces se extendió el entrenamiento militar regulado y estatal de los efebos, y también la presencia de *hoplomachoi* profesionales (denostados por Platón eso sí, cf. *Laques* 183 b-c y por Jenofonte cf. *Mem.* 3,1 como falsos expertos sin verdadera experiencia en la guerra) (Wheeler 1982; 1983). Desde mediados del siglo IV a. C., y hasta el final de época helenística, la aparición de manuales de táctica, estratagemas y poliorcética (e.g. Eneas, Filón, Asclepiodoto, Onasandro) muestra también el interés por un entrenamiento crecientemente regular de los mandos, pero también de los soldados. Lo mismo ocurre con la creciente implicación de las ciudades en la fabricación y control del armamento ya desde el siglo IV a. C. (juramento de los efebos, *IG II²* 204), y en particular por parte de las monarquías helenísticas (Quesada 2009: 135-142; 240-246).

Es en este contexto que debemos tener en cuenta las numerosas pruebas deportivas en las que se empleaban armas, destinadas a jóvenes e incluso niños, celebradas en Atenas ya desde mediados del siglo IV a. C. y generalizadas en el siglo II a. C., y de las que probablemente Platón se habría sentido orgulloso. Es sin embargo para época helenística para la que tenemos más datos, y no es nuestro objetivo entrar en detalle en este periodo avanzado en el que tantas cosas habían cambiado. Pero el excelente trabajo de Bugh (1990: 23 y 31 ss.), a quien seguimos en los dos párrafos que siguen, muestra que en la segunda mitad del siglo II a. C. en Atenas la *hoplomachia* tenía en sus dos modalidades (con *thureos* y con *aspis*) cinco categorías de edad, tres de ellas dedicadas a jóvenes desde los 15 a los 18 años probablemente (Bugh 1990: 31-32), mientras que el lanzamiento de jabalina, tarea característica de la infantería ligera en la guerra tenía una sola categoría reservada a los efebos. Entre los siglos III y I a. C., en Delos, pero también en muchas otras ciudades sabemos también de competiciones deportivas en forma de duelos armados de efebos, que según las ciudades entraban en esa categoría entre los 15 años, con la pubertad, y los 18, como en Atenas (Bugh 1990: 29-30).

De hecho, en Sestos había competiciones juveniles (y de adultos) también en lanzamiento de jabalina y tiro con arco; en Coresia, en la isla de Cea, también había competiciones juveniles de arco y jabalina; en Teos, en Jonia, un gimnasio público contrató instructores para *hoplomachia*, jabalina y arco. En Pérgamo un gimnasiarca fue honrado por cuidarse de pruebas que incluían *agones* en armas para efebos (aunque no para *paides*) (Bugh 1990: 32; *Orientalis Graeci Inscriptiones Selectae* 764). Algo parecido ocurre en Priene, donde un tal Zósimo se encargaba c. 80 a. C. no solo de proporcionar armas para los efebos, sino que creó para ellos un nuevo concurso denominado *kallihoplia*, quizá algo parecido a los *euhoplia* atenienses. La lista de gimnasios orientales helenísticos con pruebas en armas para efebos se extiende a Eritras de Jonia, Samos y Babilonia. La asociación de *hoplomachia*, *thureomachia*, *akontizon* y carreras como el *stadion* y *dolichos* de fondo es una casi constante, para efebos sobre todo, pero también para clases de edad más jóvenes. Caso especialmente rico es el de Samos, donde se añadieron además en los siglos III y II a. C. concursos de tiro con catapulta lanza-bolaños de piedra (*lithoboloi*), aunque la asociación a *neoi* o efebos no es expresa en los epígrafes relevantes. El uso de catapultas apunta a jóvenes ya de cierta edad, quizá sobre los 15 o 18 años; y en todo caso Launey comentaba ya que estos concursos tenían una fuerte caracterización de entrenamiento militar, mucho más que atlético, lo que nos parece evidente (Launey 1987: 817). En muchos de estos casos los premios, como también en Macedonia, debieron ser precisamente armas.

6. PRUEBAS HÍPICAS Y DE CARROS CON ARMAS

En los diferentes festivales se desarrollaba también una gran variedad de pruebas hípi- cas, que se pueden dividir en dos grandes grupos: aquellas en que participaban vehículos (carros de diversos tipos tirados por diferentes animales y con tiros de distinto tamaño), y aquellas en que competían jinetes montados.

Carreras de carros

Junto con su primordial empleo militar y representativo (procesiones, funerales), ya hay indicios iconográficos de carreras de “carros de guerra” en la Edad del Bronce Egeo (para el contexto general, Quesada 2005; específicamente Crouwel 1981: 142 ss.). Pero no debemos olvidar que, desde el momento en que se introdujo en Grecia procedente del Próximo Oriente hacia el 1600 a.C., junto con el comienzo de la civilización micé- nica (Crouwel 1978; 1981: 119; Driessen 1996: 481-482), el carro de dos ruedas era en el ámbito egeo un arma para guerra, empleo primordial al que se asocia su prestigio y sus otras funciones.

Sin embargo, en el Próximo Oriente fue ante todo una plataforma móvil para arque- ros y lanzadores de jabalina, con la posible excepción de los carros hititas, donde hay tres tripulantes y aparecen lanzas empuñadas (Littauer 1972: 148; Littauer y Crouwel 1979: 90 ss.; Littauer y Crouwel 1983: 189). En cambio en la Grecia micénica el carro parece haber sido, a partir de la iconografía y de su propio diseño, más bien un transporte al campo de batalla para guerreros pesadamente armados, una suerte de “taxi” (*pro* Littauer 1972: 152-156; Anderson 1975; Crouwel 1981: 144-145; Littauer y Crouwel 1983; Que- sada 2003: 287 ss.; *contra* Greenhalgh 1980: 203-204 quien cree en un imposible com- bate “cuerpo a cuerpo” de carros).

El carro era, pues, en los palacios micénicos un vehículo militar prestigioso, aso- ciado a la élite palaciega, como en Oriente (Feldman y Sauvage 2010 para ese enfoque específico). Y pudo además ser empleado en la caza e incluso en carreras, como mues- tra la iconografía (Crouwel 1981:142-145 y pl. 66; 1992: 142). Ese carácter presti- gioso y ceremonial es el que pervivió en los siglos siguientes a través tanto de la épica homérica (Lorimer 1950: 324 ss.; Delebecque 1951: 71 ss.) como de la iconografía cerámica del Geométrico Reciente (Greenhalgh 1973: 7-9 y *passim*). En este periodo aparece como vehículo asociado a procesiones funerales pero también, de nuevo, a carreras (*Il.* 23, 262ss.; Greenhalgh 1973: 19-39; Crouwel 1981: 143; Perry 2014: 54 ss.). Aunque Bronson (1965: 90) señaló la dificultad de distinguir entre carreras y procesiones, la presencia de carros asociados a trípodes en algunos vasos del Geomé- trico Reciente (Greenhalgh 1973: 35) hace difícil negar su asociación a carreras, al menos en algunos casos.

Finalmente en época arcaica el uso del carro, abandonado por completo en com- bate (pese a algunas escenas heroizantes en cerámica ática, Crouwel 1981: 144), siguió siendo relevante en procesiones militares como las Grandes Panateneas, como indi- caba Anderson (1975: 177): “*A ojos de los atenienses del siglo V a. C., los hoplitas en carro de la procesión de las Panateneas, aunque por entonces tan ornamentales como*

los Horse Guards de Whitehall hoy en día, tenían, como esta Caballería de la Guardia, una verdadera ascendencia combatiente”. Veremos además que estos hoplitas de los relieves eran *apobatai*, participantes en una carrera armada en las que el carro tenía un papel principal.

Los carros se siguieron empleando en solemnes procesiones en otros lugares, como Eretria, donde sesenta carros procesionaban junto con 3000 jinetes y 600 hoplitas a pie (Estrabón 10,1,10), pero sobre todo mantuvieron su uso práctico a través de carreras en los grandes festivales. De hecho, la tipología de los carros ligeros griegos de la Edad Oscura apunta más a una pervivencia local que a una reintroducción desde el mundo asiático, dada la disparidad de tipos y la ligereza extrema de los carros egeos frente a la pesadez de los orientales (Crouwel 1981: 71; t n Lorimer 1950: 307; con matices Greenhalgh 1973: 18 y 38; *contra* Snodgrass 1971: 433).

Aunque planea sobre las carreras un claro componente de origen militar, no entraremos sin embargo aquí en las carreras de carros propiamente dichas en tanto que estos vehículos no pueden ya ser considerados armas en sí mismos, y existe una muy amplia bibliografía sobre todos los aspectos de la competición. Sí es importante recordar que el vencedor proclamado no era tanto el auriga, sino el propietario del tiro vencedor (Nicholson 2005), normalmente un aristócrata acaudalado que competía (*agon*) no sólo por la victoria (y que era especialmente alabado si guiaba él mismo el carro “como los héroes de antaño”, Píndaro *Ist.* 1,15; *Pyth.* 5,21,115); sino por presentar el tiro de mayor prestancia. Como recordaba Plutarco (*Quaest. Conv.* 2,5; 639E), “*de entre todas las criaturas solo el caballo puede participar en los juegos y obtener la corona, pues sólo él ha sido creado por la naturaleza para ser entrenado para la guerra y probarse en batalla*”.

En los Juegos Olímpicos las carreras de cuadrigas fueron introducidas hacia el 680/675 a. C. (Azzaroli 1985: 51; Muzzolini 1988: 372; *cf.* Pausanias 5,8,7), siendo bastante posteriores la carrera de caballos montados, *c.* 648 a. C., y la de bigas (408 a. C., Humphrey 1986: 7). Las carreras de carros son populares en la cerámica ática de Figuras Negras del siglo VI a. C., pero ya hay precedentes en la Protocorintia del siglo VII (Bronson 1965: 90-91), aunque normalmente sus imágenes se relegan franjas decorativas secundarias y a vasos menores; y tras un breve resurgir de popularidad en el grupo de Leagros (*c.* 530-500 a. C.) el motivo quedó obsoleto a comienzos de las Figuras Rojas (Bronson 1965: 91). Pese a ello, los triunfadores de las carreras de carros en los grandes Juegos, en especial los olímpicos, alcanzaban gran fama, como muestran no sólo obras monumentales como la espléndida cuadriga del “auriga de Delfos” que conmemora la victoria del tirano de Gela, Policelo, en 470 a. C., sino las fuentes literarias:

Mientras se hallaba exilado, consiguió [Cimón, expulsado por Pisístrato] triunfar con su cuadriga en los juegos Olímpicos... En la siguiente Olimpiada, alcanzó la victoria con las mismas yeguas, pero permitió que proclamaran vencedor a Pisístrato; y, por haberle cedido la victoria, llegó a un acuerdo con él para poder regresar a su patria... Cimon se halla sepultado a la entrada de la ciudad ...Y, frente a su tumba, se hallan enterradas esas yeguas que triunfaron tres veces en los Juegos Olímpicos (Heródoto 6, 103).

Las carreras de apobatas (ἀποβάται)

Solo nos referiremos en cierto detalle a la única carrera de carros en que participaban hombres armados, los *apobatai*. En efecto, se trataba de una carrera de carros que, como en los viejos tiempos de la Edad de Bronce, iban guiados por aurigas y llevaban un combatiente que, en su momento, habría combatido bien desde el carro bien descendiendo de él y luchando a pie, como en la *Ilíada* (*supra*) (fig.13).

Es por tanto un directo recuerdo de viejas tácticas combatientes, aunque –y al igual que en el *hoplitodromos*–, los corredores que en un momento dado descendían del carro y corrían armados a pie llevaban sólo parte de la panoplia defensiva (normalmente casco y *aspis*), y no espada y sobre todo lanza, que hubiera supuesto un verdadero peligro en caso de tropiezo o caída. De hecho, ni siquiera se conoce con exactitud la forma en que se desarrollaba la carrera, puesto que algunos autores creen que los apóbatas sólo saltaban del carro en el tramo final de la carrera para concluirla a pie, mientras que otros opinan que el “guerrero” debía subir y bajar del carro a la carrera en varios momentos de la competición. Dionisio de Halicarnaso, escribiendo en época augustea, en su descripción parece dar a entender lo primero:

La otra costumbre, conservada todavía en unas pocas ciudades griegas en algunos antiguos sacrificios, es la carrera de los que van en los carros. Cuando las competiciones de los aurigas han terminado, los que van junto a ellos, a los que los poetas llaman parabatai, y los atenienses apobatai, saltan de los carros y corren entre ellos un estadio (dromon) (7,73,3).

Eva Rystedt (1988) propuso que ya en los vasos micénicos del llamado “estilo pictórico”, frecuente sobre todo en Chipre, podían identificarse corredores junto a carros. Sin embargo, y aunque en la otra cara de la crátera que emplea como base crucial para su hipótesis hay una escena de pugilato, lo que podría interpretarse como un conjunto de entorno competitivo, no está claro que las dos siluetas frente al carro de la cara A sean corredores (Rystedt 1988: fig. 3). En otro vaso la autora se arriesga a proponer la presencia de apóbatas, uno descendiendo y otros subiendo del carro. Si así fuera, las carreras de apóbatas como remedo de prácticas militares se remontarían al mismo periodo en que dichas prácticas eran una realidad en batalla, pero la hipótesis dista de estar confirmada o incluso generalmente aceptada. Algo parecido ocurre con la cerámica figurada del Geométrico reciente en la segunda mitad del siglo VIII, donde se ha sugerido la posible representación de apóbatas (Crouwel 1992: 143, n. 153), aunque la idea choca con cierto escepticismo (*e.g.* Perry 2014: 64, n. 2).

No es hasta época arcaica cuando las carreras de apóbatas están claramente documentadas en las Panateneas atenienses (Kyle 1992: 89) y también en Beocia, Tesalia (Larissa), Oropos y quizá otros lugares (Kyle 2014: 339), aunque Harpocración (¿siglo II d. C.?) las atribuye solo a atenienses y beocios¹⁰.

10. Lex. Harpocración, s. v. Ἀποβάτης: (...) ὁ ἀποβάτης ἰππικόν τι ἀγώνισμα (...) τὰ δὲ ἐν αὐτῷ γινόμενα δηλοῖ Θεόφραστος. (...) χρῶνται δέ, φησί, τοῦτω μόνον τῶν Ἑλλήνων Ἀθηναῖοι καὶ Βοιωτοί. (Apobates: (...) el apobates es un certamen hípico (...) y muestra Teofrasto lo que sucede en él. (...) Se sirven de él, dice, de los helenos sólo los atenienses y los beocios).



Figura 13. Detalle de un relieve del ágora de Atenas con carro con apóbates, probablemente parte de un monumento dedicado por un vencedor en los Juegos. Museo del Ágora de Atenas, S399, inv. 8114. Según Shear (1935), de fines del siglo IV a.C. Una inscripción menciona al vencedor de la carrera que dedicó el monumento del que queda este bloque: Krates hijo de Heortios.

Foto F. Quesada

Sin duda es en Atenas, ya en el siglo VI a. C., donde tuvo más relevancia durante las Panatenaicas, y es probable que se celebrara en la vía de las Panateneas (Camp 1992: 46). Según Reed (1990: 314-315), en época clásica se corría en el tramo de la vía que cruzaba el ágora en diagonal. Pero es más que probable, dada la evolución de la plaza, que se trasladara desde *c.* 329 a. C. al estadio construido por el arconte Licurgo en las proximidades del río Iliso, que sería en el 140 d. C. reconstruido por Herodes Ático, y sobre el que se construyó el Panatenaico moderno empleado para los primeros Juegos de la Era Moderna de 1896.

Según Kyle (1987: 188-189; 1992: 89), dentro del marco de las Panateneas la carrera se celebraba entre la carrera de hoplitas y la de carros, lo que la convertía en una especie de transición entre las pruebas gimnásticas y las ecuestres. No se conservan ánforas panatenaicas con este motivo, por lo que quizá el premio era de otro tipo (Kyle 1987: 188).

Ya avanzado el siglo II a. C. está también documentado en las Teseia (Burgh 1990: 24-25). Como hemos visto anacrónica, militarmente hablando, la carrera de apóbates estaba reservada para hombres libres y ciudadanos, prueba de su noble origen (*cf.* Demóstenes *Or.* 61.24-25, ver también Comesaña 2016: 127). En esta *oratio* Demóstenes se dirige con aprobación a Epícrates, quien ha decidido participar en esta carrera

Siendo, en efecto, consciente de que tanto esclavos como extranjeros participan de las demás competiciones, pero que la posibilidad de correr en la carrera de apobatai sólo la tienen los ciudadanos, y de que aspiran a ello los mejores, te lanzaste a esa competición. (...) Escogiste el más solemne y hermoso de los certámenes y el que más se ajusta a tu propia naturaleza, (...) que además de eso tiene el espectáculo más agradable, está compuesto de muchísimos elementos de toda clase y es tenido por merecedor de grandísimos premios. (...) Y todavía hoy es habitual, en estas competiciones, hacer uso de esta prueba no en las más humildes ciudades helenas, sino en las más grandes.

Tradicción marcial aparte, la carrera de apóbatas era ya, a mediados del siglo VI a. C., central a las Panateneas en tanto que conmemoraba la leyenda de Erecteo, supuesto inventor del carro que habría aparecido en la primera celebración del festival subido en uno y acompañado de auriga, llegando a competir en la carrera (Higinio *Poetica Astronomica* 2,13).

La carrera de apóbatas no se corría en Olimpia, aunque Pausanias menciona (5,9,2) una competición en la que se corría montado sobre yeguas y en la fase final los corredores (*ἀναβάται*) saltaban a tierra y terminaban a pie tomando sus monturas de las riendas, y la relaciona con los apóbatas de Atenas.

Aunque existen varias representaciones de escenas de las carreras de apóbatas, sin duda las más importantes y monumentales son las del friso del Partenón, en las que los apóbatas aparecen con chitón y armados con escudo y casco (Neils y Schultz 2012).

Lanzamiento de jabalinas a caballo (ἀκοντισμός)

No nos podemos detener aquí en las distintas competiciones ecuestres sin armas, en las que sin duda el componente militar estaba a menudo presente. Así, en época helenística (siglo II a. C.) en las Teseia había carreras separadas para mandos y jinetes; al igual que en las Panateneas, en distintas distancias (Bugh 1990: 24). A veces los caballos iban incluso pertrechados para la batalla (*hippoi polemistei*). Y en el siglo II a. C. al menos había en las Teseia un *diaulós* específico para oficiales (*filarcas*) en los que el oficial iba armado (*eu hoplois*) (IG II² 956, col. II, l. 78-79; Panatenaia IG II² 2316, col. I, l. 28-29; IG II² 2317, l. 6) (Bugh 1990: 24; Kennell 1999: 250).

Pero junto con las carreras había competiciones en las que los jinetes arrojaban jabalinas desde sus monturas sobre blancos en forma de escudo circular (fig. 14). Están documentadas en los juegos panatenaicos (fig. 14) y en las Teseia de Atenas (Kyle 1992: 93; Bugh 1990: 24; Kennell 1999: 249; IG II² 956, col. II, l. 90-91; IG II² 957, col. II, l. 83; IG II² 958, col. II, l. 95-96), sobre todo en la etapa de mediados a finales del siglo II a. C. (Bugh 1990: 25). En las Panateneas este ejercicio en particular se celebraba después de las carreras de carros y parece haber tenido menos prestigio, ya que las inscripciones mencionan que el premio era cinco ánforas de aceite frente a las ciento cuarenta de las carreras de carros con caballos adultos (Kyle 1992: 93). Pese a ello, debía ser un ejercicio directamente relacionado con la actividad militar, y Platón menciona que Cleofanto, el hijo de Temístocles, era incluso capaz de arrojar jabalinas alzándose de pie sobre la grupa de su caballo (*Menon* 93d).

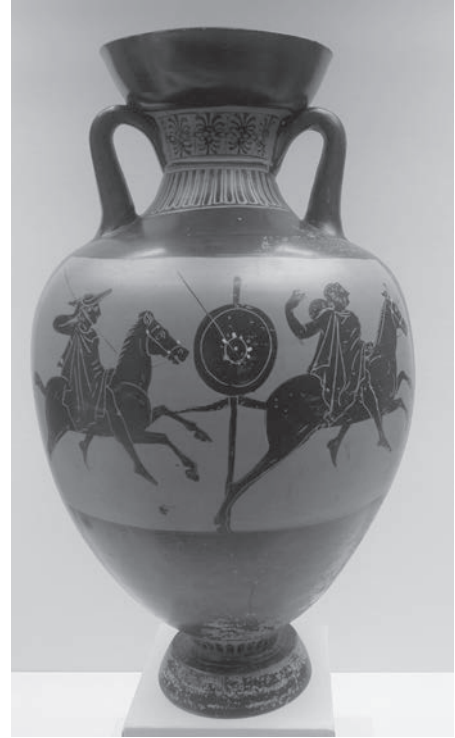


Figura 14. Ánfora ática de tipo panatenaico, con jinetes al galope arrojando jabalinas sobre blancos circulares que imitan escudos, más que escudos propiamente dichos. Van armados como caballería ligera, con mantos y el de la izquierda con *petasos*. El jinete de la derecha, un joven, ha arrojado su arma –y acertado– mientras que el que le sigue, mayor, está preparando el lanzamiento. C. 420-400 a. C., grupo de Kuban. Hallada en Bengasi (Libia). Museo Británico, GR1903 0217.1. Foto F. Quesada

Es muy probable que en muchas ciudades griegas, y en particular en las de Magna Grecia, hubiera otras competiciones de habilidad en el manejo armado de caballos, incluyendo montar y desmontar a la carrera, y de puntería en el lanzamiento de armas de las que sabemos muy poco, aunque a veces se reflejan en la iconografía (fig. 15). Sin embargo, esta competición no se celebraba en Olimpia.

Antipphasia (ἀντιππασία)

La *antipphasia* o “encuentro montado” era un ejercicio ecuestre colectivo de carácter competitivo (Vanderpool 1974). Aunque hay algunas noticias de lexicógrafos como la Suda, es a Jenofonte a quien se debe una vívida descripción por parte además de un jinete y jefe de caballería experimentado:

Cuando la exhibición se realice, primero, en el Hipódromo [...] será vistoso que, mientras los escuadrones se ponen en fuga y se persiguen al galope en el enfrentamiento recíproco de los dos destacamentos, con los jefes de la caballería al frente de los dos grupos de cinco escuadrones de las tribus, cada grupo pase a través de la formación del otro. En efecto, resulta sobrecogedor ese espectáculo de avanzar unos contra otros frente a frente, e impresionante el colocarse otra vez frente a frente una vez recorrido el hipódromo ... (Jenofonte, *Hip.* 3,10-13).



Figura 15. Crátera de campana lucana (sur de Italia), fechable c. 390-370 a.C. Representa a un joven desnudo saltando desde su yegua que galopa, quizá en una versión ecuestre de la carrera de apóbatas. En su mano izquierda lleva un pequeño escudo cóncavo y dos jabalinas cortas, agarradas con la misma mano que sujeta la manilla interior del escudo, que es mucho más pequeño que el *aspis*, aunque remeda su forma y concavidad. Delante le espera, para coronarle, la personificación de la Victoria o *Nike*. Museo Británico, GR1978.06 15.1. Foto F. Quesada



Figura 16. Relieve que conmemora la victoria de la tribu Leontina en la *anthippasia*, documentada por una inscripción, *Leonis eniké*, en el reverso. Principios del siglo IV a. C. Museo del Ágora de Atenas. I.7167. Foto Agora Excavations, 2010.01.0360

Lo que comenzó quizá en el siglo V a. C. como una exhibición acabó, en la agónica lógica griega, convertido en una competición en que se enfrentaban unidades de caballería agrupadas por tribus, cinco contra cinco realizando cargas simuladas. Aunque no se conservan ánforas panatenaicas como premio, ni la competición está recogida en la tantas veces citada *IG II² 2311*, desde al menos el siglo III a. C. la *antippasia* se incluyó entre los juegos ecuestres de las Panateneas (Vanderpool 1974; Kyle 1987: 190) y en los juegos en honor de Zeus, las *Olympeia* (Reed 1998).

Como hemos visto en casos anteriores, hay restos de relieves que formaban parte originalmente de monumentos a la victoria. En algunos casos (fig. 16) aparecen formaciones de jinetes, no armados, pero algunos con casco, mientras que en otros se indica claramente mediante la inscripción y la iconografía que era una competición relevante en la que el premio era un trípode (*IG II² 3095*, l. 5-13, probablemente el originalmente expuesto como dedicación (fig.17).



Figura 17. Bloque concebido como base para un trípode metálico conmemorativo de la victoria en la *antipphasia*. Tres lados de la base muestran la escena de un jinete acercándose al trípode, símbolo de la victoria; el cuarto presenta una inscripción (IG II² 3130). Dedicado por los Demaineto, Demeas y Demóstenes (padre y dos hijos), de la tribu Pandionisia, y esculpido por Briaxis (que firma). Segundo cuarto del siglo IV a. C. Procede (1892) de la zona de la *Stoa* Real del Ágora de Atenas. Museo Arqueológico Nacional de Atenas, Inv. 1733. Foto D. Gill (2001)

7. “DEPORTE” Y GUERRA

Tesis: El deporte, ¿un entrenamiento para la guerra?

La competición deportiva es sin duda una forma de enfrentamiento, que puede ser violento y en el mundo griego, y en determinados deportes como el pugilato, podía llegar a la muerte de un contendiente (*supra*). Sin duda se pueden buscar paralelos entre el deporte y el combate (Cornell 2002: 29): en ambos casos se oponen fuerza física y habilidad, mejorados por el entrenamiento. Ambas actividades refuerzan los lazos de grupo

social basados en la identidad y la solidaridad¹¹, y en ambas actividades se admiran valores similares (entendidos como viriles: valor físico y mental, disciplina, constancia, resistencia, lealtad); y ambas actividades están en cierto modo regladas, aunque dichas reglas a menudo se pliegan a la realidad de la competitividad.

Son numerosas las fuentes griegas que muestran cómo la excelencia en la competición atlética y en la guerra eran análogas, siendo una faceta el reverso de la otra, y la primera un útil entrenamiento para la segunda; y así se recoge en la gran mayoría de los estudios modernos (Golden 1998: 23 ss.; Spivey 2004: 1-129; Kyle 2014: 31), aunque también hay cada vez más visiones críticas (Cornell 2002; Trundle 2012).

Se pueden además espigar en las fuentes verdaderos juegos de palabras que utilizan símiles del deporte para circunstancias bélicas. Plutarco, en su vida de Foción, el general ateniense del siglo IV a. C., cuenta que éste se oponía a la llamada “guerra de Lamia” contra Macedonia (a la muerte de Alejandro en 323 a. C.), que sería desastrosa para Atenas. Preguntado sobre los preparativos atenienses, repuso supuestamente: “*Bien para la carrera de un estadio, pero temo la carrera de fondo (dolichon), puesto que la ciudad no posee más reservas, ni de dinero, ni de naves, ni de hoplitas*” (Foc. 23,4, trad. C. Alcalde y M. González). Pero esta analogía deportiva, a mi juicio, no debe considerarse como “*un ejemplo de cómo la guerra y el deporte eran análogos en la mentalidad griega*” (Comesaña 2016: 129), sino meramente como una figura expresiva.

Conviene además ajustar el tema, y no entrar aquí en la cuestión de las relaciones antropológicas entre los conceptos de “deporte” y “guerra” en pueblos primitivos, clásicos e incluso en las sociedades actuales, relaciones basadas en la idea de que el deporte puede en determinadas circunstancias ser un sustituto de la guerra (como válvula de escape) y en todo caso una expresión de las mismas tendencias competitivas y agresivas (Sipes 1993: *passim*; Cornell 2002: 29).

Por el contrario, el debate aquí debería centrarse sólo en determinar si los distintos deportes griegos de combate (Poliakoff 1987), y en particular aquellos en los que se empleaban armas (Reed 1998) tenían una relación directa, práctica, como preparación para la guerra en la Grecia antigua.

Esto se haría, supuestamente, de dos maneras diferentes y complementarias: en primer lugar, preparando el cuerpo para sus rigores y el empleo eficaz de las armas; y además preparando la mente para la violencia a muerte, de manera individual (valor, constancia) y colectiva (disciplina, trabajo en equipo). En esencia esta última es la idea reflejada en la conocida *boutade* Sir Arthur Wellesley, Duque de Wellington, según la cual “*la batalla de Waterloo se ganó en los campos de juego de Eton*”, donde los cachorros de la aristocracia británica que formaban el grueso de su oficialidad habrían adquirido unas supuestas “virtudes británicas”¹².

En principio parecería que la respuesta a ambos aspectos es afirmativa. Parece obvio que la forma física adecuada y una actitud mental endurecida en la competición son

11. No nos referimos, para el caso griego, a los deportes de equipo, que eran una rareza limitada sobre todo a Esparta, sino a lazos de clase y eventualmente de *politeia*.

12. Afirmación probablemente apócrifa y en todo caso de transmisión oral, cf. Boller y George (1989: 130). Con referencia G. Orwell, ver:

<http://oupacademic.tumblr.com/post/57740288322/misquotation-the-battle-of-waterloo-was-won-on>

valores útiles para la guerra. Y así, en genérico, las fuentes griegas lo afirman a menudo, caso de Jenofonte:

Lo cierto es que a los que están en forma les ocurre todo lo contrario que a quienes no lo están: los hombres que tienen el cuerpo bien tienen salud y son fuertes, y muchos gracias a ello se salvan honorablemente de los combates en las guerras y escapan a todos los peligros; muchos socorren a sus amigos, hacen el bien a su patria y, por ello, se hacen acreedores a la gratitud, consiguen una gran fama, obtienen los más hermosos honores y, gracias a eso, pasan el resto de su vida más agradablemente y mejor, dejando en herencia a sus hijos medios mejores para vivir. No porque el Estado no haga practicar públicamente ejercicios de entrenamiento para la guerra deben descuidarlos los particulares, ni por ello deben aplicarse con menos asiduidad. Ten la seguridad de que en ninguna otra lucha ni circunstancia de la vida quedarás peor por haber preparado mejor tu cuerpo. El cuerpo es útil para todas las actividades humanas: en todos los usos del cuerpo es muy importante tenerlo en las mejores condiciones posibles. (*Memor.* 12, 4-6, trad. O. Guntiñas).

La *paideia* griega con su énfasis en el endurecimiento físico desde la infancia en la caza (primero de liebres y luego de animales más peligrosos), la equitación, la palestra y el gimnasio, se ha relacionado siempre con la formación de combatientes duros y bien preparados. Jenofonte es quien primero viene a la mente en la mayoría de sus obras menores (*Cineg.*; *Peri Hipp.*; *Hip.*), y la iconografía arcaica sin duda viene a respaldar esta idea. La olpe Chigi o el vaso MacMillan, espléndidas muestras del Protocorintio de mediados del siglo VII a. C., llevan al espectador en sus registros sucesivos desde las actividades cinegéticas infantiles (caza de liebres) hasta la guerra en falange pasando por la equitación y la caza de fieras, en lo que es explícita expresión de las actividades *agonicas*, formativas, propias de los niños y jóvenes de la aristocracia corintia arcaica (Hurwit 2002: 16-18).

Pero en cuanto profundizamos algo en los textos, veremos que lo que se recomienda casi siempre es, primero, conseguir una forma física adecuada, para lo que la palestra puede ser un instrumento:

en la guerra, es necesario manejar las armas, sean arcos, jabalinas u otra clase de armamento, y de manera especial cuando hay que luchar con armas pesadas frente a armas pesadas. Entonces, hay mucha diferencia entre haber aprendido y no haber aprendido, entre haberse ejercitado y no haberse ejercitado. Un atleta perfectamente ejercitado en el pancracio, en el pugilato o en la lucha cuerpo a cuerpo, al ser capaz de combatir con la mano izquierda, no resulta incapaz de combatir con el lado izquierdo... cuando el adversario le fuerce a volverse para detener un ataque por el otro lado. Nosotros hemos de pensar que esa misma ley tiene validez tanto para el uso de armas pesadas como para otra clase de armas..." (Platón, *Leg.* 794c, trad. F. de P. Samaranch).

Igualmente:

los movimientos del combate bélico tienen verdaderamente sus más cercanas analogías en los movimientos de esta lucha, y que por consiguiente, es necesario practicar ésta para formarse para aquellos, y no aprender la guerra para formarse en la lucha [...] Lo que hasta el momento llevamos dicho sobre el valor formativo de la palestra será suficiente por ahora (*Leg.* 814d).

Esta buena forma es necesaria para lo que los teóricos consideran verdaderamente relevante y útil, a saber, diseñar y practicar un entrenamiento militar explícito que el estado no solía proporcionar en época clásica, siendo la efebía o ‘servicio militar’ de los jóvenes atenienses casi una excepción más que la regla. Platón desde luego se queja en diversas ocasiones de la falta de un entrenamiento militar específico y reglado: “¿conocemos la causa de que actualmente en las ciudades no exista ...este ejercicio de los coros y combates, como no sea en un grado despreciable? (Leg. 831c). Por ello en su comunidad ideal Platón exige establecer:

en efecto, gimnasios y toda clase de ejercicios que preparan para la guerra, tiros con arco, lanzamientos de armas arrojadas de todas clases, empleo del escudo ligero y de armas pesadas de todas clases, maniobras tácticas, campamentos y las maniobras tácticas propias de la caballería. Para todas estas cosas deberá haber maestros públicos, pagados por la ciudad...” (Platón, Leg. 813d-e). Igualmente: “no es durante la guerra cuando los ciudadanos deben ejercitarse en ella, sino precisamente cuando están en tiempo de paz. Una ciudad inteligente debe, por tanto, practicar estos ejercicios al menos una vez al mes... (Leg. 828).

En ocasiones surge en Platón la analogía con la palestra: igual que los pancracistas han de entrenar, y mucho, de la misma forma habrían de practicar ejercicios bélicos específicos los futuros combatientes, ejercicios con armas en los que alguna muerte accidental sería un daño colateral tolerable:

Si los formábamos [a los atletas] para el pugilato, para el pancrancio, o para cualquier otra competición atlética, ¿íbamos a echarnos totalmente en la competición sin habernos entrenado previamente, luchando cada día contra algún adversario? Si nosotros fuéramos púgiles, ¿no habríamos dedicado muchos días, antes del concurso, a aprender a combatir [...] ¿no procuraríamos acercarnos lo más posible a la verdad en nuestra imitación, armando nuestros puños con bolas de cuero en lugar de simples tiras, pare ejercitarnos lo mejor posible en dar golpes y en evitarlos? [...] ¿acaso las fuerzas combatientes de nuestra ciudad se atreverían a avanzar menos bien preparadas de lo que marchan a esos concursos tan grandes todos estos atletas, a una guerra en que iban a combatir por su vida, por sus hijos, por sus bienes y por la ciudad entera? ¿Acaso su legislador [no debería] exigir cada día al menos los pequeños ejercicios sin armas y de orientar hacia esta formación a los coros y a la gimnástica a un tiempo?. En cuanto a los otros ejercicios que podríamos llamar de más envergadura y con las armas, ¿no prescribirá [el legislador] que se tengan al menos una vez al mes, haciendo que se libren combates [...] de manera que [...] el juego no resulte totalmente inofensivo, que, por el contrario, resulte un tanto peligroso? [...] Si con ello se produce alguna muerte, se considerará que es involuntaria y el culpable, una vez purificado por los ritos legales, será declarado inocente... (Leg. 830a-831c).

Junto con el entrenamiento militar Platón considera que las procesiones y cortejos religiosos son parte de una formación deseable, algo en lo que coincide con Jenofonte:

Y también los niños, ya desde ahora y en tanto que no van a la guerra, deberían siempre, armados y a caballo, realzar todas las procesiones y cortejos hechos en honor de los dioses.... Tal es el fin y el único fin que se debe perseguir al entregarse a los combates gimnicos y a los entrenamientos que los preparan; son en efecto, tan útiles para la paz como para la guerra,

tanto para la vida privada como para la vida pública, mientras que todos los demás trabajos corporales, Megilo y Clinias, tanto si uno los hace para jugar como si uno se siente apasionado por ellos, son indignos de hombres libres (Platón, *Leg.* 797a).

Así, concluye Platón, “*esta forma de Constitución será la única, entre las formas actuales, que puede admitir la combinación de la educación militar y del ejercicio por medio de los juegos que nosotros hemos debidamente expuesto*” (*Leg.* 832d).

Ya hemos visto que N. Gardiner (1903: 281) no veía en la carrera en armas un deporte “serio” pero al tiempo sostenía, empleando a Platón, que sí tenía valor como entrenamiento militar. Ya hemos mostrado sin embargo como la peculiar panoplia empleada hace que este valor sea más limitado, y que el *hoplitodromos* era más bien le expresión del prestigio del hoplita en armas trasladado al estadio, que una forma de entrenamiento realista o efectivo. Lo mismo puede probablemente extenderse a las demás competiciones que hemos recogido en las páginas previas.

Antítesis: Deporte y guerra, dos ámbitos no relacionados

Llegamos así a toda otra serie de fuentes clásicas que por el contrario ponen en cuestión la suposición de que hay una relación directa entre las competiciones “deportivas” y la preparación para la guerra, y esa es la postura que va ganando peso en la investigación actual. Las competiciones serían a lo sumo una sublimación de espíritu militar y expresión de la mentalidad agónica.

Ya desde época arcaica había voces que, reconociendo las virtudes de una actividad atlética racional, consideraban que su valor como entrenamiento militar era nulo, o incluso perjudicial. Así, Tirteo:

No quisiera acordarme de nadie ni en cuenta tenerlo / por su excelencia en la carrera o destreza en la lucha, / ni aunque tuviera el tamaño y la fuerza de un Cíclope/ y al Bóreas tracio venciera corriendo ligero, /ni aunque, más que Títono, fuera hermoso en figura [...] /ni aunque gozara de todas las glorias, si no fuera valiente;/ pues el hombre no sale bueno en la guerra / si no soporta ver con los ojos la cruenta matanza /y al enemigo a corta distancia no acomete / En eso estriba el valor, y es ése en el mundo el trofeo /mejor y más bello que puede un joven ganarse (Tirteo frg. 9D, 12 W, trad. J. Ferraté modificado).

Entre quienes desde el siglo V a. C. llegan incluso a oponerse al entrenamiento atlético como base para el militar contamos a Eurípides (*Autolykos* fr. 282 N) y Platón (*Rep.* 403e-404b; *Leg.* 796a-b) en el siglo V a. C.; a Epaminondas en el siglo IV a. C. (Plut. *Mor.* 192d y 788a; Nepote, *Epam.* 5,4); incluso a Alejandro III en el tercer cuarto de esa centuria (*Alex.* 4,11), quien supuestamente rechazaba el pugilato y el pancracio, no así la caza y la *hoplomachia*; y ya en el siglo III Filopemen (Plutarco, *Phil.* 3, 4-5).

En efecto, una línea de argumentación es que los tipos y tiempos del entrenamiento atlético, crecientemente “profesionalizado” en el mundo griego, eran los opuestos a los necesarios en la guerra. Así Platón:

—Les convendría, pues [a los jóvenes] el régimen de vida de los atletas de profesión.

—Quizá

—Pero este régimen —le dije— es el propio de los dormilones y de los hombres débiles de salud ¿o no te has dado cuenta de que estos atletas se pasan la vida durmiendo y, por poco que se aparten de las normas fijadas para ellos, contraen grandes y peligrosas enfermedades?

—Sí, ya lo he visto.

—Necesitamos, pues, de un régimen de vida que favorezca más la salud de nuestros atletas guerreros los cuales, como los perros, es conveniente que estén a todas horas en vela y con el oído y el olfato siempre alerta, cambiando con frecuencia en campaña de aguas y de alimentos o padeciendo los rigores de las estaciones sin que su salud vacile lo más mínimo [...] me refiero a una gimnasia simple y moderada, especialmente si han de practicarla los guerreros... (Rep. 403e-404b, trad. J.A. Mínguez).

De hecho, este mismo autor tenía claro qué tipo de ejercicios debían preparar a los hombres para la batalla:

Por lo que respecta a las pruebas de fuerza, a la lucha y otros ejercicios semejantes que hoy son pesados, todo esto será reemplazado por la lucha con armas de uno contra uno y dos contra dos, e incluso por batallas de diez contra diez [...] En lugar del pancracio pondremos todos los ejercicios de los peltastas, los combates con toda la gama de armas ligeras y el lanzamiento de piedras con la mano y con honda (Platon, *Leg.* 833e-835a).

La creciente profesionalización y especialización de los deportistas, notable sobre todo desde fines del siglo V a.C. va acompañada de un número de fuentes que no sólo minusvaloran las competiciones atléticas como entrenamiento militar, sino que las desaconsejan explícitamente. Así, el tebano Epaminondas era en la primera mitad del siglo IV a.C. partidario del entrenamiento militar directo, e incluso de la lucha, en campaña, pero despreciaba la palestra en casa (Plutarco, *Mor.* 192d y 788a; Nepote, *Epam.* 5,4). Refiriéndose a Filopemen, recoge Plutarco:

el cuerpo y la vida del atleta difieren de los del militar en todo, y que son muy distintos la dieta y el ejercicio; los atletas requieren de mucho reposo, con abundantes comidas y con periodos determinados de actividad y reposo, para mantener y mejorar su forma física, que la menor variación y desviación de la rutina cambiará a peor; mientras que a los soldados conviene estar entrenados en todo tipo de cambio y en toda anomalía, y, sobre todo, en soportar con facilidad la frecuente carencia de comida y sueño. Cuando lo oyó Filopemén no solo él rehuyó la ocupación y se burló, sino que después, siendo ya general... prohibió en el ejército todo tipo de atletismo porque hacía a los cuerpos más idóneos inútiles para las inevitables batallas (Plutarco, *Phil.* 3, 4-5, trad. J.M. Guzmán modif.).

Plutarco menciona también, en una línea coherente, que Alejandro Magno despreciaba a los atletas, y nunca ofreció premios para el pancracio y el pugilato (*Alex.* 4,11), aunque no precisa las razones. En cambio, si fomentaba las competiciones de caza o de esgrima con bastones (ῥαβδομαχία), concebidas probablemente como entrenamiento militar directo.

Además, la guerra, aunque exija preparación y habilidades individuales, es ante todo una actividad colectiva, y es notable que precisamente los deportes de equipo estuvieran

ausentes en los grandes festivales griegos. De hecho, eran casi una rareza salvo en Esparta, donde sabemos de una forma de competición por un “terreno de juego” insular entre grupos de jóvenes (Pausanias 3,14,10; ver Poliakoff 1987: 101-102) en el que –luchando sin armas– casi todo valía para echar al equipo rival al agua.

Una de las más claras y recientes argumentaciones a favor de una tenue relación entre guerra y deporte es la defendida por M. Trundle, con quien coincidimos (Trundle 2012: 221):

Greek literature often stressed a close relationship between war and athletics in the archaic and classical period. Homer’s heroes are naturally adept at both war and athletic contests. The archaic age has plenty of talismanic figures whose victories in athletic contests brought power and glory to the battlefield [...]. the relationship between war and athletics was in reality always tenuous, the product of a mythologizing vision of writers to idealize the aristocracy’s place in society, as well as to present the past as a golden age without specialists or professionals. The increasing needs of classical warfare in terms of numbers of combatants in longer and more violent wars alongside growing specialization and professionalization led to further dislocation of the two activities. War and athletic games were distinct pursuits, united only by wistful elite myth-making in the harsh world of military violence and its realities.

En una línea similar se colocan Poliakoff (1987: 94-103), para quien los deportes de combate solo muy indirectamente ayudaban a la preparación para la batalla, y Christesen (2007b) quien además cree que, pese a una opinión bastante extendida, el gimnasio como institución no surgió para entrenar soldados.

Una nota sobre Esparta

Se sale por completo de los objetivos de estas páginas analizar caso por caso la peculiaridad de cada una de las grandes *poleis*, pero en este tema precisamente el caso de Esparta exige al menos alguna referencia. Creemos, básicamente, que la cierta y real preocupación espartana para el culto al cuerpo y la capacitación permanente de sus ciudadanos para la guerra no debe llevarse demasiado lejos. Es cierto que a los griegos de época arcaica y clásica les llamaba la atención la reglamentada educación física exigida y aplicada desde la infancia a los espartanos (Jenofonte, tan filoespartano él, es el caso más llamativo, pero quizá exagerado por su mismo sesgo ideológico, *Rep. Laced.* 5,8-9; 11, 5-10). En particular, les impresionaba que antes del combate los espartanos siguieran haciendo sus ejercicios gimnásticos (Heródoto 7,208 en Termópilas por ejemplo) que eran obligatorios incluso en campaña (Jenofonte *Rep. Laced.* 12,5-7). Plutarco menciona (*Mor.* 639e; *Licurgo* 22) que en batalla los reyes espartanos se rodeaban de vencedores en los juegos “de corona” –*stephanoi*–, dato confirmado por otras fuentes como Jenofonte (*Hel.* 2,4,33) combinadas con la arqueología (tumba de los Lacedemonios en el Cerámico, cf. Van Hook 1932).

Aristóteles consideraba sin embargo que la obsesión por el ejercicio físico embrutecía a los jóvenes espartanos (*Pol.* 8,4=1338b), y el mencionado “deporte” de equipo antes citado parece buen ejemplo de ello: “*luchan con las manos y los pies, y se muerden y se*

arrancan los ojos... juntos se lanzan violentamente unos contra otros y se empujan dentro del agua” (Pausanias 3,14,10).

Siendo la comunidad más militarizada mentalmente de la antigua Grecia, es natural que cualquier forma de ejercicio físico fuera en Esparta considerada en todo caso útil para la función militar. Se consideraba por ejemplo que para los espartanos la danza armada “pírrica” era útil para crear un sentido del ritmo útil luego en combate (Cartledge 1977: 16). Para Ateneo, desde luego, la pírrica era una danza militar en general, pero su asociación espartana era indudable; incluso el nombre era según él de origen espartano (*Deip.* 14,630e-f).

Pero es curioso que los espartanos no fueron los más frecuentes vencedores en los juegos panhelénicos, ni quienes más atletas enviaban; de hecho, aunque hay abundancia de inscripciones de vencedores olímpicos espartanos en el siglo VII a.C. y algunas en el siglo VI a.C., las victorias prácticamente desaparecen desde mediados del siglo V a.C. (Hodkinson 1999: 161-163 y fig. 1); no hay datos sobre los otros Juegos “de corona”. En comparación, Crotona parece haber sido mucho más exitosa, ganando veinte de cuarenta victorias posibles en carrera y lucha entre 588 y 488 a.C.; la causa puede estar en la marcada profesionalización de sus atletas (Hodkinson 1999: 165).

De hecho, en la tradición legal espartana se atribuía a Licurgo la prohibición del pancracio y el pugilato (Plutarco, *Licurgo* 19,4; *Mor.* 189e y 228d), aunque el motivo fuera “para que ni en los juegos se acostumbraran a rendirse”. Aunque Hodkinson (1999: 157-160) ha analizado otras fuentes más contemporáneas a la época clásica que Plutarco, como Jenofonte y Platón, que parecen indicar varias referencias a un pugilato “informal”, la ausencia de dedicaciones de victoria en estos deportes parece indicar que la prohibición puede ser histórica, o al menos que estos deportes no eran apenas practicados como tales en Esparta.

Más significativo aún es que fuera el propio Tirteo quien en el siglo VII a.C. separara claramente el valor y el éxito en los deportes del que se muestra en la batalla, en favor del segundo, como hemos recogido antes. Como vemos en Esparta el deporte violento, que permite el abandono y el reconocimiento de la derrota, no era necesariamente un buen entrenamiento moral para el combate, ni su dominio garantizaba el valor en el muy diferente contexto del campo de batalla. En general, muestra Hodkinson (1999:167-174), Esparta fue más moderada que la mayoría de las *poleis* griegas en su recompensa y exaltación pública de sus atletas vencedores *vivos*.

8. CONCLUSIÓN

El espíritu agonístico no fue único ni exclusivo del mundo griego en el Mediterráneo antiguo; la existencia de competiciones atléticas tampoco. Ni tampoco su asociación más o menos directa al ámbito de la guerra. Pero el mundo heleno aporta una cantidad y calidad de información incomparables para otras culturas.

En general, puede decirse que en la antigua Grecia las pruebas del estadio, incluso las que se celebraban con armas, no se concebían como reflejo de un entrenamiento militar, e incluso parece claro por varias fuentes explícitas que la práctica deportiva orientada a la mayoría de dichas competiciones en esos Juegos era incluso contraproducente

para las exigencias de milicia. No podemos, pues, coincidir con N. Reed (1998: 1) en que varias de las competiciones puedan “*be clasified as ‘war games’ because not only do they involve contestants who wore armor but also the very nature of the competition reflects maneuvers from the battlefield*”. De hecho, bien al contrario, en ninguna competición (salvo la peculiar *hoplomachia*) se empleaban todas las armas de la panoplia; en particular las ofensivas están ausentes. Adicionalmente, nada está más lejos de las maniobras colectivas del combate y de las tácticas de batalla que las condiciones de carrera o lucha individual que eran la esencia de las competiciones atléticas; tampoco parece que las arcaizantes carreras de apóbatas puedan, como quiere Reed, reflejar *tácticas o specific skills* (Reed 1998: 8). A lo sumo –y ya es mucho– estas competiciones reflejaban unos valores y una competitividad comunes y directamente relacionados con los del campo de batalla: eran un reflejo de actitudes, no un entrenamiento para; se formaban mentalidades, no soldados. Mas que un entrenamiento efectivo para la guerra, el *agon* armado fue ante todo un reflejo del papel que la guerra tuvo en la sociedad griega en general como –entre otras cosas– lugar ideal para la forja y exhibición de *arete*.

Desde el siglo IV a.C. en algunas ciudades y circunstancias (efebía ateniense) y desde el siglo II a.C. en las palestras y gimnasios de muchas ciudades helenísticas, se practicaban determinadas pruebas en armas mucho más orientadas al entrenamiento militar, y dado el tradicional espíritu heleno, a menudo se premiaban a los mejores practicantes. Pero esto ya no eran las pruebas de los Juegos, y en todo caso alcanzaron su máximo desarrollo cuando la independencia militar de las ciudades griegas tocaba a su fin.

Agradecimientos

Trabajo realizado en el marco del Proyecto de Investigación del Plan Nacional HAR2017-82806-P. Agradecemos a la profesora Carmen Sánchez que nos proporcionara las imágenes de la figura 1.

BIBLIOGRAFÍA

- ALBANIDIS, E. (2013): “Exercise in Moderation. Health perspectives of Hellenic antiquity”, *Nikephoros* 26: 33-62.
- ANDERSON, J.K. (1975): “Greek chariot-borne and Mounted Infantry”, *AJA* 79: 175-187.
- AZZAROLI, A. (1985): *An early History of Horsemanship*. Leiden.
- BLYTH, P.H. (1977): *The Effectiveness of Greek Armour Against Arrows in the Persian Wars*. Ph.D. Diss. University of Reading, Reading.
- BOLLER, P.F. y GEORGE, J. (1989): *They never said it. A book of fake quotes, misquotes & misleading attributions*. Oxford University Press.
- BORTHWICK, P. (1970): “P. Oxy.2738: Athena and the Pyrric Dance”, *Hermes* 98: 318-331.
- BRONSON, R.C. (1965): “Chariot racing in Etruria”, *Studi in onore di Luisa Banti*: 89-106.
- BUGH, G.R. (1990): “The Theseia in Late Hellenistic Athens”, *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik* 83: 20-37.

- CAMP, J.M. (1992, 2nd): *The Athenian Agora. Excavations in the Heart of Classical Athens*. London.
- CARTLEDGE, P. (1977): “Hoplites and Heroes: Sparta’s contribution to the Technique of ancient warfare”, *Journal of Hellenic Studies* 97: 11-27.
- CECCARELLI, P. (1998): *La Pirrica nell’antichità greco romana. Studi sulla danza armata*. Istituti Editoriali e poligrafici internazionali, Pisa-Roma.
- CHRISTESEN, P. (2007): “The transformation of athletics in sixth century Greece”, en G. Schaus y S. Wenn (eds.), *Onwards to the Olympics: Historical perspectives on the Olympic Games*: 59-68. Waterloo, ON.
- CHRISTESEN, P. y KYLE, D.G. (2014): “General Introduction. Sport and spectacle in Greek and Roman Antiquity; en P. Christesen y D.G. Kyle (eds.), *A Companion to Sport and Spectacle in Greek and Roman Antiquity*: 1-15. Oxford, Wiley Blackwell.
- COLAGUORI, C. (2012): *Agon Culture: Competition, Conflict and the Problem of Domination*. De Sitter, Whitby (ON).
- COMESAÑA LOPEZ, A.M. (2016): *Estudio sobre la fiesta y el culto griegos en las Vidas paralelas de Plutarco*. Tesis Doctoral Universidad de Murcia, Murcia.
- CORNELL, T.J. (2002): “On War and Games in the Ancient World”, en K.B. Walmsley, R.K. Barney y S.G. Martyn (eds.), *The Global Nexus Engaged: Past, Present, Future Interdisciplinary Olympic Studies. Sixth International Symposium for Olympic Research*: 29-40. Ontario.
- CORVISIER, J.N. (1999): *Guerre et société dans les mondes grecs (490-322 av. J.-C.)*. Armand Colin, Paris.
- CROUWEL, J.H. (1978): “Aegean Bronze Age chariots and their Eastern background”, *Bulletin of the Institute of Classical Studies* 2: 174-175.
- CROUWEL, J.H. (1981): *Chariots and other means of land transport in Bronze Age Greece*. Allard Pierson Series, Amsterdam.
- CROUWEL, J.H. (1992): *Chariots and other wheeled Vehicles in Iron Age Greece*. Allard Pierson Series 9. Amsterdam.
- CROWTHER, N.B. (2004): *Athletika. Studies on the Olympic Games and Greek Athletics*. Nikephoros Beihefte. Beiträge zu Sport und Kultur im Altertum 11. Weidmann, Hildesheim.
- DECKER, W. (1992): “Zum Wagenrennen in Olympia. Probleme der Forschung”, W. Coulson y H. Kyrieleis (eds.), *Proceedings of an International Symposium on the Olympic Games, Athens 5-9 September 1988*: 129-139. Athens.
- DELAUUD-ROUX, M.H. (1993): *Les danses armées en Grèce antique*. Aix en Provence.
- DELEBECQUE, E. (1951): *Le cheval dans l’Iliade*. Paris.
- DETIENNE, M. (1968): “Remarques sur le char en Grèce”, en J.P. Vernant (ed.) *Problèmes de la Guerre en Grèce Ancienne*: 313-318. Mouton, Paris.
- DILLON, M. (2000): “Did Parthenoi attend the Olympic Games? Girls and Women competing, spectating, and carrying out cult roles at Greek Religious Festivals”, *Hermes* 128.4: 457-480.
- DONLAN, W. y THOMPSON, J. (1976): “The Charge at Marathon”, *Classical Journal* 71: 339-343.
- DOWNES, W.E.D. (1904): “The Offensive Weapon in the Pyrrhic”, *The Classical Review* 18.2: 101-106.
- DRIESSEN, J. (1996): “The arsenal of Knossos (Crete) and Mycenaean Chariot forces”, M. Lodewijckx (ed.), *Archaeological and Historical Aspects of West-European societies. Acta Archaeologica Lovaniensia* 8: 481-498. Leuven University Press.

- FELDMAN, M.H. y SAUVAGE, C. (2010): "Objects of Prestige? Chariots in the Late Bronze Age Eastern Mediterranean and Near East", *Agÿpten und Levante* 20: 67-182.
- FRASS, M. (2012): "Female Sports in Classical Greece", *Nikephoros Special Issue. Youth - Sports - Olympic Games*: 95-102.
- GARDINER, E.N. (1903): "Notes on the Greek Foot Race", *Journal of Hellenic Studies* 23: 261-291.
- GOLDEN, M. (1998): *Sport and Society in ancient Greece*. Cambridge UP.
- GREENHALGH, P.A.L. (1973): *Early Greek Warfare. Horsemen and Chariots in the Homeric and Archaic Ages*. Cambridge.
- GREENHALGH, P.A.L. (1980): "The Dendra Charioteer", *Antiquity* 54: 201-204.
- GUMBRECHT, H.U. (2006 [2005]): *In Praise of Athletic Beauty*. Cambridge, Mass.; Belknap Press, Harvard UP.
- HÄGG, R. (ed.) (1983): "The Greek Renaissance of the Eight Century BC: tradition and innovation", *2nd. International Symposium Swedish Institute in Athens, 1-5 June 1981*. Stockholm.
- HAMILTON, R. (1996): "Panathenaic amphoras: the other side", en J. Neils (ed.), *Worshipping Athena. Panathenaia&Parthenon*: 137-162. Madison, University of Wisconsin Press.
- HAMMOND, N.G.L. (1968): "The Campaign and the Battle of Marathon", *Journal of Hellenic Studies* 88: 13-57.
- HARRIS, H.A. (1963): "Greek javelin throwing", *Greece and Rome* 10: 26-36. Oxford.
- HAWHEE, D. (2002): "Agonism and Areté", *Philosophy and Rhetoric* 35.3: 185-207.
- HIGGS, P. (2017): *Agón. La competición en la antigua Grecia*. La Caixa-British Museum, Madrid.
- HODKINSON, S. (1999): "An agonistic Culture? Athletic competition in Archaic and Classical Spartan Society", en S. Hodkinson y A. Powell (eds.), *Sparta. New Perspectives*: 147-187. London.
- HUMPHREY, J.H. (1986): *Roman circuses. Arenas for chariot racing*. London.
- HURWIT, J.M. (2002): "Reading the Chigi Vase", *Hesperia* 71: 1-22.
- KENNEL, N.M. (1999): "Age Categories and Chronology in the Hellenistic Theseia", *Phoenix* 53: 249-262.
- KYLE, D.J. (1992): "The Panathenaic Games: sacred and Civic activities", en J. Neils (Ed.) *Goddess and Polis. The Panathenaic Festival in Ancient Athens*: 77-101. Princeton, UP.
- KYLE, D.J. (1987 [1993]): *Athletics in Ancient Athens*. Brill, Leiden.
- KYLE, D.J. (2014): "Greek Athletic competitions. The Ancient Olympics and More", en P. Christesen y D.G. Kyle (eds.), *A Companion to Sport and Spectacle in Greek and Roman Antiquity*: 21-35. Wiley-Blackwell, Oxford.
- KYLE, D.J. (2014b): "Greek female sport: Rites, Running and Racing", en P. Christesen y D.G. Kyle (eds.), *A Companion to Sport and Spectacle in Greek and Roman Antiquity*: 258-275. Wiley-Blackwell, Oxford.
- LAUNEY, M. (1987 [1951]): *Recherches sur les armées hellénistiques*. Bibl. Écoles Françaises d'Athènes et de Rome 169, I-II. De Boccard, Paris.
- LEE, H.M. (1992): "Some Changes in the Ancient Olympic Program and Schedule", en W. Coulson y H. Kyrieleis (eds.), *Proceedings of an International Symposium on the Olympic Games, Athens 5-9 September 1988*: 105-111. Athens.
- LITTAUER, M.A. (1972): "The military use of the Chariot in the Aegean in the late bronze Age", *AJA* 76: 145-157.

- LITTAUER, M.A. y CROUWEL, J.H. (1979): *Wheeled vehicles and ridden animals in the ancient Near East*. Leiden.
- LITTAUER, M.A. y CROUWEL, J.H. (1983): “Chariots in Late Bronze Age Greece”, *Antiquity* 57: 187-192.
- LITTAUER, M.A. y CROUWEL, J.H. (1996): “Robert Drews and the role of chariotry in Bronze Age Greece”, *Oxford Journal of Archaeology* 15.3: 297-305.
- LONSDALE, S.H. (1993): *Dance and Ritual Play in Greek Religion*. Baltimore & London.
- LORIMER, H.L. (1950): *Homer and the monuments*. Macmillan, London.
- MAURITSCH, P. (2012): “«... Through Blood to Victory» – A Few Remarks on Ancient Combat Sport”, en W. Petermandl y C. Ulf (eds.), *Youth - Sports - Olympic Games, Nikephoros Special Issue*: 135-140.
- Mc LEOD, W. (1965): “The Range of the Ancient bow”, *Phoenix* 19.1: 1-14.
- Mc LEOD, W. (1970): “The Bowshot and Marathon”, *Journal of Hellenic Studies* CX: 197-198.
- Mc NEILL, W.H. (1995): *Keeping together in time. Dance and drill in human history*. Harvard UP.
- MILLER, S.G. (1991): *Arete. Greek sports from Ancient Sources*. Berkeley.
- MORRIS, I. (1988): “Tomb cult and the «Greek Renaissance»: the past in the present in the 8th B.C.”, *Antiquity* 62: 750-762.
- MURRAY, S.R.; SANDS, W.A. y O’ROARK, D.A. (2012): “Recreating the Ancient Greek Javelin Throw: How Far was the Javelin Thrown?”, *Nikephoros* 25: 143-154.
- NEILS, J. (ed.) (1992): *Goddess and Polis. The Panathenaic Festival in Ancient Athens*. Dartmouth College, Hannover.
- NEILS, J. (1992a): “Panathenaic amphoras: their meaning, makers and markets”, en J. Neils (ed.), *Goddess and Polis. The Panathenaic Festival in Ancient Athens*: 29-51. Princeton UP.
- NEILS, J. (1992b): “The Panathena: AN Introduction”, en J. Neils (Ed.) *Goddess and Polis, The Panathenaic Festival in Ancient Athens*, 13-27. Princeton, UP.
- NEILS, J. (2014): “Picturing victory. Representations of Sport in Greek Art”, en P. Christesen y D.G. Kyle (eds.), *A Companion to Sport and Spectacle in Greek and Roman Antiquity*: 81-97. Wiley-Blackwell, Oxford.
- NEILS, J.; SCHULTZ, P. (2012). “Erechtheus and the Apobates Race on the Parthenon Frieze (North XI-XII)” *American Journal of Archaeology*, 116.2, 195-207.
- NICHOLSON, N: (2014): “Representations of Sport in Greek Literature”, en P. Christesen y D.G. Kyle (eds.), *A Companion to Sport and Spectacle in Greek and Roman Antiquity*: 68-80. Wiley-Blackwell, Oxford.
- NIELSEN, T.H. (2014): “Panhellenic Athletics at Olympia”, en P. Christesen, D.G. y D.G. Kyle (eds.), *A Companion to Sport and Spectacle in Greek and Roman Antiquity*: 133-145. Wiley-Blackwell, Oxford.
- PERRY, T.P. (2014): “Sport in the Early Iron Age and Homeric Epic”, en P. Christesen y D.G. Kyle (eds.), *A Companion to Sport and Spectacle in Greek and Roman Antiquity*: 53-67. Wiley-Blackwell, Oxford.
- PLEKET, H.W. (2012a): “The Social Status of Greek Athletes”, *Nikephoros Special Issue. Youth - Sports - Olympic Games*: 103-106.
- PLEKET, H.W. (2012b): “The Reward of the Ancient Athlete”, *Nikephoros Special Issue. Youth - Sports - Olympic Games*: 131-134.

- POLIAKOFF, M. (1987): *Combat Sports in the Ancient World: competition, violence and culture*. Yale.
- POURSAT, J. (1968): "Les representations de danse armée dans la céramique attique", *Bulletin de Correspondance Hellénique* 92.2: 550-615.
- PRITCHARD, D.M. (2012): "Public Honours for Panhellenic Victors in Democratic Athens", *Nikephoros* 25: 209-220.
- PRITCHETT, W.K. (1971): *The Greek State at War. I. Ancient Greek military practices.*, University of California Press, Berkeley.
- PRITCHETT, W.K. (1974): *The Greek State at War. II.* University of California Press, Berkeley.
- PRITCHETT, W.K. (1985): "The Pitched battle", en *The Greek State at War IV*, University of California Press, Berkeley-Los Angeles-London.
- QUESADA SANZ, F. (2003): "La ley del péndulo. Armas, carros de guerra, tácticas y explicación histórica en el Antiguo Egipto y Oriente Próximo", *La guerra en Oriente Próximo y Egipto. Suppl. ad Isimu* 2: 281-302. UAM, Madrid.
- QUESADA SANZ, F. (2005): "Carros en el antiguo Mediterráneo: de los orígenes a Roma", *Historia del carruaje en España*: 16-71. Cinterco, Madrid.
- QUESADA SANZ, F. (2009): *Ultima ratio regis. Control y prohibición de las armas desde la Antigüedad a la Edad Moderna*. Polifemo, Madrid.
- RAWLINGS, L. (2000): "Alternative agonies. Hoplite martial and combat experiences beyond the phalanx", en H. van Wees (ed.) *War and Violence in Ancient Greece*: 233-259. Duckworth, London.
- REED, N.B. (1990): "A Chariot Race for Athens' Finest: The Apobates contest re-examined", *Journal of Sport History* 17: 305-317.
- REED, N.B. (1998): *More than Just a Game: The military nature of Greek Athletic contests*. Ares Publishers, Chicago.
- RIDLEY, R.T. (1979): "The Hoplite as Citizen. Athenian Military Institutions in their Social Context", *L'Antiquité Classique* 48: 508-548.
- RUTTER, J. (2014): "Sport in the Aegean Bronze Age", en P. Christesen y D.G. Kyle (eds.), *A Companion to Sport and Spectacle in Greek and Roman Antiquity*: 36-52. Willey-Blackwell, Oxford.
- RYSTEDT, E. (1988): "Mycenaean runners-including apobatai", E.B. French y K.A. Wardle (eds.), *Problems in Greek Prehistory*: 437-442. Classical Press, Bristol.
- SÁNCHEZ FERNÁNDEZ, C. (2015): "La invención del cuerpo escultural. El desnudo en la Grecia clásica", en C. Sánchez e I. Escobar (eds.), *Dioses, héroes y atletas. La imagen del cuerpo en la Grecia antigua. Catálogo de la Exposición en el Museo Arqueológico Regional, Marzo-Julio 2015*: 86-100. Museo Arqueológico Regional, Madrid.
- SCHWARTZ, A. (2009): *Reinstating the Hoplite. Arms, Armour and Phalanx Fighting in Archaic and Classical Greece*. Franz Steiner Verlag, Stuttgart.
- SCHULTZ, P. (2007): "The iconography of the Athenian apobates race: origins, meanings, transformations", O. Palagia y A. Choremi-Spetsieri (eds.), *The Panathenaic Games*: 59-72. Oxbow, Oxford.
- SERRATI, J. (2013): "The Hellenistic Experience with War: Stagnation or Development?", en B. Campell y L.A. Tritle (eds.), *Oxford Handbook of warfare in the Classical World*: 179-198. Oxford, UP.
- SEKUNDA, N. (1998): *The Spartan Army*. Osprey, Oxford.

- SHEAR, T.L. (1935): “The sculpture found in 1933. Relief of an Apobates”, *Hesperia* 4: 379-381.
- SIEWERT, P. (1977): “The ephebic oath in fifth century Athens”, *JHS* 97: 102-111.
- SIPES, R.G. (1973): “War, Sports and Aggression: An Empirical Test of Two Rival Theories”, *American Anthropologist* 75.1: 64-86.
- SNODGRASS, A.M. (2000 [1971]): *The Dark Age of Greece. An Archaeological Survey of the Eleventh to the Eight centuries B.C.* Edinburgh.
- SPIVEY, N. (2004): *The Ancient Olympics*. Oxford, UP.
- TRUNDLE, M. (2012): “Greek Athletes and Warfare in the Classical Period”, *Nikephoros* 25: 221-238.
- VANDERPOOL, E. (1974): “Victories in the Antipphasia”, *Hesperia* 43: 311-312.
- VAN HOOK, L. (1932): “On the Lacedaimonians buried in the Kerameikos”, *American Journal of Archaeology* 36: 290-292.
- VICKERS, J.R. (2016): *The Acrobatic Body in Ancient Greek Society*. Electronic Thesis and Dissertation Repository 3834 (<https://ir.lib.uwo.ca/etd/3834>).
- VIDAL-NAQUET, P. (1968): “La tradition de l’hoplite athenien”, en J.P.Vernant, *Problèmes de la Guerre en Grèce*: 161-181. Paris-La Haya.
- VIDAL-NAQUET, P. (1983): *El Cazador Negro. Formas de pensamiento y formas de Sociedad en el mundo griego*. Barcelona.
- WEILER, I. (2014): “Recent trends in the study of Greek Sport” P. Christesen, D.G. Kyle (Eds.) *A Companion to Sport and Spectacle in Greek and Roman Antiquity*, 112-129. Oxford, Wiley-Blackwell.
- WHEELER, E.L. (1982): “Hoplomachia and Greek Dances in Arms”, *Greek, Roman and Byzantine Studies* 23: 223-233.
- WHEELER, E.L. (1983): “The Hoplomachoi and Vegetius’ Spartan Drillmasters”, *Chiron* 13: 1-20.